

## UN ARBITRIO

PARA GOBERNAR Á ESPAÑA.

Continuacion. \*

Uno de los que componían la falange de republicanos armados que, acaudillada por cierto Sr. Carvajal, salió de Málaga en el mes de Julio de 1873 y cayó sucesivamente como nube de langosta sobre las principales ciudades de Andalucía, se hallaba departiendo tranquilamente con un antiguo conocido que encontró en un café de Córdoba; y dándole cuenta de sus aventuras, le decía, sin hacer de ello el menor misterio, y en voz tan alta, que pudo ser oído por todos los demas concurrentes:

«Yo estaba, como sabes, en presidio, y me faltaban dos años para cumplir. Ahora, con estas cosas, se han acabado la tiranía y la miseria, y los pobres podemos vivir. Yo tengo mis dos pesetas; pero son para el bolsillo, porque donde quiera que llegamos escogemos para alojamiento la casa que nos parece mejor, y allí pedimos y nos dan sin réplica de comer y de beber. Nosotros viajamos gratis y siempre en coches de primera clase: uno de estos días pasados quisieron ocuparlos algunas personas en la estación de Antequera, alegando que ellos habían pagado billetes de primera; pero al ver nuestra resolución y nuestras carabinas, no necesitaron que hiciéramos uso de ellas para dejarnos el puesto. Ya se acabaron esos odiosos privilegios.»

Aquel hombre, con estas sencillas palabras, dichas sin odio, sin exaltación, en el tono satisfecho, pero tranquilo, de quien ha ganado un largo pleito y conseguido por fin que se reconozca la justicia de su pretensión y el *derecho* con que litigaba, ponía en su punto verdades de mucha cuenta, y establecía conclusiones cuyo rigor lógico y filosófica trascendencia estaba muy lejos de sospechar. Si el señor Rivero hubiese oído aquel discurso, habría podido gustar en completa sazón el fruto de sus tareas y ver conseguido el fin inevitable á que conducían sus intentos. En años pasados, cuando este señor llegó á conquistar con su periódico y con sus discursos tribunicios el título de *pontífice de la democracia*, le interpeló una vez cierto amigo suyo en estos ó parecidos términos:—Pero ¿es posible, amigo mio, que usted, hombre de elevada inteligencia, no

vea la inmensa responsabilidad en que por esa misma circunstancia incurre con su propaganda, pues que no debe ocultársele que de todos sus bellos escritos y peroraciones lo único que el pueblo ignorante saca en limpio es que la propiedad es un atentado contra su derecho y que debe despojarse de sus bienes á los ricos para que se apoderen de ellos los pobres? ¿No ve usted que lo que va á conseguir con sus disolventes doctrinas es convertir al pueblo español, el más dócil y más noble del mundo, en bandas de ladrones?—A lo que respondió sin inmutarse el eminente tribuno:—Todo eso es verdad: pero ¿qué quiere usted? No hay otro medio más eficaz de mover al pueblo y de estimularlo á que reivindique su *dignidad* y sus *derechos*.

El citado y los demas propagandistas del mismo género deben de estar satisfechos de su obra, pues que, sabiendo cuál había de ser el resultado, lo han conseguido cumplidamente: la tiranía del presidio ha desaparecido; la no ménos odiosa del trabajo está derrocada; las ominosas cadenas que defendían la propiedad, y los estorbosos vallados que embarazaban el asalto de las heredades y deslindaban sus términos, rotos también y hechos pedazos; todo ciudadano (con tal, se entiende, de llamarse republicano) es dueño de vivir holgadamente á costa de otros, en virtud de ese portentoso desagravio con que lo ha enaltecido la revolución. También ésta les había otorgado el amplio goce de otras libertades todavía más espantosas, de que ellos se aprovechaban sin tasa; pero estas no pertenecen á mi asunto actual, y habré de pasarlas por alto y concretarme al estudio que vamos haciendo de sueldos, salarios y provechos.

Así las cosas, pudiera parecer sólido y durable un estado sostenido por centenares de miles de bayonetas, y en el que todos vivían tan á sus anchas, oprimidos, acobardados ó ahuyentados los que pudieran y debieran oponerse á sus desmanes. Mas si los corifeos de la revolución se figuraron que iban á poder saborear tranquilamente los sazonados frutos de sus doctrinas y á representar sin contradicción su papel de próceres y magnates en la flamante jerarquía, hubieron de llevarse un solemne chasco. Porque los nuevos imperantes de orden inferior cayeron muy pronto en la cuenta de que había mejor arreglo en la distribución del botín, y tardaron poco en excogitar otra mucho más equitativa, no queriendo conformarse con tener

\* Véase el número anterior, pag. 524.

ellos sólo dos pesetas, mientras que los *hermanos* de Madrid, contando con su apoyo, disfrutaban enormes sueldos y ostentaban sus personas en las doradas carrozas de la antigua Casa real.

Esta observación, lógica y sin réplica, trajo como por la mano la república federal; es decir, la división de España en fragmentos, para poder más cómodamente repartirse la presa entre los conquistadores. Eso de tener cada estado ó cantón su presidente, sus ministros, sus senadores, sus diputados, todos con sus sueldos y emolumentos; eso de convertirse la capital de cada uno de ellos en un Madrid, llenaba de gozo á los aficionados de provincias cuando leyeron el proyecto de Constitución federal que con su conocida elocuencia redactó el Sr. Castelar. Adolecía, sin embargo, aquel documento de una falta imperdonable, que dió al traste con toda aquella máquina y margen á muchos disgustos en el seno de la familia republicana, cuyas esperanzas quedaron amargamente defraudadas al ver que sólo se hacían de España diez y siete pedazos ó cantones; lo que equivalía á decir que sólo se aumentaban á la nómina oficial diez y siete plazas de presidentes, ciento treinta y seis, poco más ó menos, de ministros, dos ó tres mil de diputados y senadores, y unos pocos millares más de funcionarios, como otras tantas muelas de aquel complicado mecanismo. Este fué un verdadero chasco para los que tanto se prometían de la república federal; pero tampoco tardaron mucho en encontrar el remedio, que estaba bien á la mano. Hubo quien habló de poner enmienda, constituyendo tantos estados como provincias, lo cual parecía ya más razonable; pero muchos pueblos que no son capitales de provincia, no se conformaban con ese temperamento, ni querían someterse á la tiranía de ellas, y cortaron por lo sano proclamando su propia soberanía. Y esto era lo natural, dado el principio y el *derecho* en que se fundaban: sacando de este principio todas sus legítimas consecuencias, cada pueblo aspiraría al título y preeminencias de corte, ó, dicho en otros términos, toda Constitución mediante la cual no se proporcione que cada uno de los ciudadanos llegue á ser ministro y á cobrar del Estado 6.000 duros de sueldo, amén del coche. no puede ser de provecho; y ahí estuvo el error del Sr. Castelar, cuando todavía no era posibilista.

Entre tanto, la Internacional iba derechamente al mismo objeto por su bien trazado camino, declarando sus intenciones con franqueza y empleando sus procedimientos sumarísimos. Esta considera como trámite ocioso la maniobra administrativa de exprimir los bolsillos de los contribuyentes para después repartir el producto entre los *heredados*, y emplea el método directo y mucho más sencillo de tomar para sí lo que los demás poseen, ne-

gándoles paladinamente su título de propietarios.

Salvo esas diferencias en el modo de proceder, todos los que se proponen vivir sin trabajar y á costa ajena, no son más que variedades de la misma especie de comunistas. Atrevida llamarán, y hasta calumniosa, esta comparación muchos hombres que pasan por honrados, y que lo son, sirvuda, en su conciencia, pareciéndoles enorme injusticia equiparar la conducta de un sencillo padre ó hijo de familia que trata de beneficiar su amistad con un ministro, ó recuerda á un diputado los favores que le prestó, para pedirles un empleo cuyo sueldo venga á remediar sus necesidades, con la de esos monstruos que han avergonzado á la humanidad con sus atroces atentados en Cádiz, en Sevilla, en Jerez, en Sanlúcar, en Montilla, en Málaga, en Granada, en Cartagena, en Alcoy, en Valencia, en Barcelona y en otras cien poblaciones, célebres en la historia de nuestras desdichas. Injusto sería confundir en absoluto cosas tan diversas, y no es tal mi ánimo ciertamente. Lo que he dicho y sostengo es que la doctrina funesta del *derecho*, declarado por la revolución y puesto en ejercicio por los revolucionarios, es la que ha pervertido el criterio moral del comun de las gentes, produciendo resultados siempre desastrosos, todos perturbadores del orden social, pero muy distintos en sus grados y consecuencias, según la índole y calidad de los pervertidos. Si en unos se limitó á borrar las nociones de deber, de delicadeza y de patriotismo, convirtiéndolos en miembros inútiles y parásitos de la comunidad, á otros los llevó á los más horrendos excesos del crimen.

Pero la raíz es una, y esa es la que tratamos de descubrir, por enojosa é ingrata que sea la investigación, porque sin ella no es posible el conocimiento del daño, ni tampoco el remedio que vamos buscando. Y, para decir toda la verdad, bueno será también advertir que, entre los diversos grados de culpabilidad que á cada uno de estos egoístas corresponde, no existen límites tan marcados y precisos como pudiera imaginarse, si se ponen en parangón, por una parte, el cuitado pretendiente que, sin mirar más que su provecho, averigua quiénes son los poderosos ó los que con ellos gozan de favor para buscar quién lo recomiende y lograr un sueldito; y por otra, el perverso criminal que satisface su ambición nefanda ó su insaciable codicia con el saqueo, el asesinato y el incendio. Entre esos dos términos, que son los extremos de la serie, hay otros intermedios que de grado en grado y por diferentes matices y transiciones la completan. El pretendiente que no se limita á pedir, sino que para obtener y conservar su empleo se somete á exigencias y condiciones indecorosas; el que, ya en el ejercicio de su cargo, olvida por esos mismos moti-

vos el rigor, la severidad y la justicia con que debe proceder en su cumplimiento, y así sucesivamente, hasta el que incurre en la venalidad y el cohecho, ya se ve cómo paso á paso van acercándose al grado más criminal de la escala de la corrupcion.]

Quizá muchos de esos desdichados no han pensado en esto nunca; que si alguna vez pensarán, harían alto en tan peligroso camino. Quizá tenga yo la fortuna de que alguno se fije en estas humildes demostraciones, y escuche el eco de ellas dentro de su conciencia. Quizá entónces recuerde que ha leído muchas veces en los periódicos (ordinaria y exclusiva lectura de la generalidad) las palabras *deber, honor, patriotismo*, pero que rara vez ó nunca ha visto en ellos su verdadera definicion y enseñanza. Si tal sucediera, daría por bien empleado mi trabajo, porque sería señal de que el remedio comenzaba á obrar sus efectos.

Ya que he dado una idea de lo que aquí es la empleomanía, de su perniciosa índole y de sus funestas consecuencias, acaso no vendrá fuera de lugar decir algo de los estragos que el mismo mal causa en otras partes; y ya que á cada momento se nos pone por modelo la república norte-americana, averigüemos lo que allí sucede en este particular. Cabalmente tengo á mano un extenso y bien estudiado escrito, que se publicó en una de las más acreditadas revistas de Nueva-York (1), con el título de *Reforma del servicio civil*, en el que se hace un expresivo compendio de las quejas que todos los días se profieren allí contra los progresos de esa enfermedad social, y se encarece la urgencia de acudir á su remedio. Bueno será traducir algunos párrafos de aquel notable escrito, que, á querer, y sin más que cambiar los nombres propios, podrían muy bien pasar por originales:

«El aumento que ha tenido el número de empleados ha sido mayor, proporcionalmente, que el de nuestra poblacion. Cuando se organizó en 1779 el servicio federal con todos sus varios departamentos, puede decirse que eran sólo un puñado. En el año de 1802 ya subía la lista á 2.622 nombres. Desde entónces hasta que terminó la guerra con Inglaterra, en cuya época se duplicó próximamente la poblacion, subió poco más ó menos, en la misma proporcion, á 5.608 en 1817. Pero en los 30 años trascurridos desde entónces, la poblacion no ha hecho más que cuadruplicarse, miéntras que los empleados son diez veces más, siendo su número mayor que todos los que componen las fuerzas militares de mar y tierra, incluso los oficiales.»

«Los nombres de amanuenses y dependientes (*clerks and assistants*) que se dan al mayor número de estos funcionarios del órden civil, indican claramente qué clase de servicios se exigen de ellos. Para desempeñar sus cargos, no necesitan ser ni hombres de extraordinario genio, ni tampoco de grande instruccion; y la enseñanza que se da en

nuestras escuelas basta para poner á los jóvenes en aptitud de desempeñarlos. Sólo en los puestos superiores se necesitan hombres de mayores alcances y de instruccion más completa, aparte de otros servicios especiales que exigen conocimientos especiales tambien.....

...Fuera de esos, la verdad es que no se requiere mayor aptitud para servir esos cargos públicos que la que exige á sus dependientes una casa de comercio.

»Por extraño que parezca, tales cosas estamos viendo, que conviene recordar que la probidad es requisito que debe exigirse como necesario en los empleados públicos. Por lo ménos, hay que pedirles limpieza de manos, ya que por ellas tienen que pasar las enormes rentas de la República, que ascienden á la respetable suma de 400 millones de duros, y eso por dos veces, una al tiempo de recaudarlos, otra al distribuirlos. Sin probada honradez en los agentes del servicio civil, no es posible librar al tesoro público de enormes pérdidas causadas por el fraude y la malversacion, por más trabas que se pongan y más intervenciones que se inventen.»

Se extiende despues el autor en los grandes perjuicios que el olvido de esos principios causa en el crédito del gobierno y en la moralidad de los ciudadanos, y, lamentando lo que existe, añade:

«*Los despojos pertenecen á los vencedores.*—Tal es la divisa que llevan escrita los hombres políticos en esa bandera de piratas con que atacan las instituciones de su país. No pudieran tomar prestado del dialecto de la guerra un grito de más inmoral trascendencia..... Esa conducta hace incompatibles las ideas de empleo y de *deber*, que debieran ser inseparables, y en vez de esta, ha creado la falsa nocion de *derecho* á ocupar un puesto oficial en premio de intrigas políticas. El servicio civil se señala como premio al vencedor; sus plazas están contadas, valuadas y repartidas aun ántes de comenzar la lucha, y cada jefe de partido muestra á los suyos la nómina como presa legítima, del mismo modo que Bonaparte enseñaba á sus tropas hambrientas las feraces llanuras de Italia.

»Tan pronto como es conocido el resultado de una eleccion presidencial, todo el país, desde el Maine hasta Méjico, y desde la isla de Vancouver hasta Cape Sable, se pone en movimiento formando hordas de pretendientes. No parece si nó que hasta el polvo de la tierra se levanta en nubes semovientes como las plagas de Egipto. Por cada uno de los empleados que ven arruinada su posicion con este acontecimiento, acuden ciento por lo ménos á la fuente donde se reparten las gracias. El presidente Lincoln escribía cuando acababa de ser elegido: «Ahora estoy recibiendo visita de la sexta parte de la Nacion, que viene á buscar modo de vivir á costa de las otras cinco sextas partes.»

»Uno de los efectos de este vergonzoso pugilato es retraer á muchos hombres honrados y útiles de toda pretension, una vez convencidos de que no se requieren tales cualidades para la provision de empleos. Cuando de eso se trata, ya no se pregunta si el candidato es honrado ni si es capaz; lo que se pregunta es esto:—¿Es bastante pícaro para no detenerse en hacer toda clase de fechorias en favor del partido? ¿Es capaz de ir hasta el crimen para servir á la persona que lo emplea?—Los méritos y antecedentes que se alegan y premian son tan absurdos y

(1) *Harper's Monthly Magazine.*

tan indignos como estos: algun parentesco, siquiera sea remoto; la recomendacion de no ser útil para nada y el haberse arruinado por no saber manejar sus propios negocios; algun fraude electoral; algunas desvergüenzas ó calumnias dichas en un periódico; el haberse distinguido en algun motin; la reclamacion de la ofrecida paga; la de intereses sacrificados en obsequio del partido ó en ayuda de sus hombres para lograr sus combinaciones.....

»Los diputados reivindican como cosa propia el *derecho* de dar todos los empleos de sus distritos respectivos y el de disponer de los fondos públicos con la mayor desvergüenza (*shamelessly*) para pagar sus deudas políticas. Por lo tanto, ninguno de ellos piensa en gastar dinero (á lo ménos de su bolsillo) en recompensar á los intrigantes que trabajan en su eleccion, ni en contentar la codicia de los satélites que le dan el triunfo con sus fulleries: para eso están las arcas del Tesoro nacional, y á ellas acuden para saldar sus cuentas. Mirando esto con arreglo á los principios de la más sencilla moral, el hombre público que confiere á sus criaturas empleos para cuyo desempeño sabe que no son idóneas, comete un robo tan calificado como el que se hiciera abriendo con fractura las arcas de la Tesoreria....

»Muchos de estos hombres son ignorantes, imbeciles, desarreglados y viciosos. Los empleos en el ramo de contribuciones son los que especialmente apetecen y disputan y arrebatan á los útiles y aplicados, á titulo de matones y fautores de todas las tropelias que se cometen en el pugilato electoral. Si por ventura se dedican á trabajar, lo hacen tan torpemente, que darian motivo para ser despedidos por ineptos del escritorio del último de los comerciantes; resultando de aquí que todo el trabajo que hay que hacer pesa sobre los pocos que hay en las oficinas capaces y diligentes. La práctica y tradiciones oficiales constituyen gran parte de la ciencia y eficacia de los buenos empleados, y la falta de ellas motiva el vergonzoso contraste que ofrecen los ramos del servicio civil comparados con el de los departamentos militar y naval. Un simple dependiente de orden inferior, con tal que posea esa práctica, puede desempeñarlo con más exactitud y facilidad que muchos que carezcan de ella; sin contar con que son todavía mayores los males causados por su activa inmoralidad que por su negativa insuficiencia. Pocas personas habrá que, conociendo lo que pasa en las oficinas, principalmente en las de contribuciones, no se espanten al contemplar tanta corrupcion y tanta desvergüenza; y á tal punto ha llegado el escándalo, que un miembro del Congreso no ha tenido reparo en declarar que todos los departamentos del gobierno están infestados de ladrones, y que la probidad de algunos debe considerarse como excepcion de la regla general.»

»Si tal supiéramos de algun establecimiento particular, veriamos en ello motivo para que los tribunales procediesen criminalmente, ó, por lo ménos, para vaticinar su próxima ruina. Y la verdad es que, examinando el asunto por menor, resulta evidente para nuestra humillacion la verdad de tan severa censura. Cien millones de *dollars*, es decir, la cuarta parte de la suma de las contribuciones directas é indirectas, desaparece ántes de llegar á las arcas de la Tesoreria. Una cuarta parte de lo que se exige, para sufragar los gastos del gobierno, á los que trabajan con sus brazos y su inteligencia y no

viven á costa del Erario, sirve para mantener holgazanes y tramposos en las oficinas. Una cuarta parte de lo que sacrifica el ciudadano honrado para asegurar la proteccion de la ley, se emplea en satisfacer la concupiscencia de funcionarios indignos que corrompen y violan las leyes... En el ramo de aduanas la proporcion es mayor. Segun datos fehacientes, llega á la mitad la pérdida que experimentan los ingresos por culpa de la infidelidad de los empleados. Sólo en la aduana de Nueva-York se calcula la defraudacion en treinta millones de duros anuales.....

»Estos notorios ejemplos de negligencia y falta de pureza, consentidos ó tolerados por el poder supremo, corrompen la moralidad general y destruyen los principios de exactitud é integridad que deben ser la base de todos los negocios y contratos. Es un mal que de los empleados públicos trasciende y se contagia á todas las personas que tienen que tratar con ellos. Peligroso es que cada cuatro años salgan de las oficinas esas hordas de hombres sin principios, enemigos del trabajo y acostumbrados á vivir á costa de la comunidad; pero es mucho mayor que su corruptora influencia la idea arraigada ya en la opinion pública de que el Estado no necesita ni requiere prendas de virtud ni honradez en las personas que han de desempeñar los cargos del servicio civil.....»

Quizá se tengan por ociosas estas citas, que prueban, no la vergüenza de casa, sino que existe el mismo mal en otras partes; pero con ellas me propongo dos fines que estimo muy importantes. Es el primero ridiculizar, como se merece, una frase que á cada momento oimos en boca de todos los papanatas como fórmula para censurar los vicios y los abusos de nuestra conducta ó de la administracion pública. ¿Quién no oye decir á cada paso: «Sólo en este país se ve tal ó cual cosa.» Si se preguntase á muchos de esos censores de reata qué otros países han visto y estudiado para hacer la comparacion y sacar tan humillante consecuencia, se les pondría en grave apuro, porque ordinariamente los que así hablan ni han visto otras tierras ni tienen capacidad para esos estudios, y, por lo tanto, ni siquiera pueden dar razon de lo que aquí mismo pasa. Y por mi parte, me he propuesto no perdonar ocasion de castigar con despiadado sarcasmo tan ridícula necedad, que es, á más de eso, culpable falta de patriotismo, agravada muchas veces con la circunstancia de que esos vituperios se hace alarde de proferirlos en presencia de extranjeros, como para darles á entender que somos tan ilustrados que sabemos estimar y enaltecer lo ajeno despreciando y vilipendiando lo propio.

Mas no se crea por esto que pretendo fomentar la preocupacion contraria, ni que nos figuremos los españoles que todo lo que hacemos es inmejorable, por ser nuestro, y nos echemos á dormir en esa confianza, quitando todo estímulo á la enmienda y perfeccion de nuestras costumbres, condenando

por inútil la actividad de nuestra inteligencia, é imposibilitando nuestros adelantos morales y materiales. Nada ménos que eso. No trato de inspirar vana jactancia á los hijos de España ni de adormecer su energía con infundadas satisfacciones, persuadiéndoles á no hacer nada porque nada tienen que hacer para ser grandes y conquistar igual grandeza y gloria para su patria; que esto sería tan necio, aunque no tan criminal, como el otro extremo. Quiero demostrar que el horrible cuadro de nuestras miserias no es una vergüenza que nos mancha á nosotros solos, como se figuran esos menguados, porque es comun á los que tienen fama de más perfectos; y sin contentarme tampoco con hacer patente el *mal de muchos* á modo de consuelo, aspiro á que nosotros seamos los primeros y los más sôlicitos en corregirlo, entrando para ello en noble competencia con los hombres honrados y patriotas de otros países que tratan de llevar á cabo la misma empresa, porque sienten la misma necesidad. Y al hacerlo, no quiero seguir la rutina de nuestros sabios, que cuando se trata de cualquiera reforma están acechando lo que se hace fuera de España para copiarlo sin discernimiento; quiero, por el contrario, buscar nuestro mejoramiento en la índole de nuestro pueblo, en el tesoro de sus especiales facultades, en el repertorio de sus costumbres y de sus tradiciones. Grandes males nos han traído con sus sueños los apóstoles de novedades; pero el mayor de todos es, sin duda, el prurito de borrar la originalidad y desnaturalizar el carácter de nuestro pueblo.

Con esa intencion he traducido los párrafos que acabo de citar.

Otro provecho puede sacarse del estudio de ese documento: la comparacion de ambos cuadros de síntomas, que da lugar á algunas observaciones útiles para acertar con el método curativo.

Honda perversion moral revela ese escrito de que acabo de hacer ligero compendio, y de cuya exactitud y verdad no puede dudar nadie que conozca aquel país, porque esas quejas se repiten allí á todas horas sin rebozo, y los hechos que las motivan tiene que palparlos, no ya el hombre de negocios solamente, sino el extranjero que va á visitar aquellas tierras por mera curiosidad, desde el momento en que llega al primer puerto y se encuentra con el aduanero que reconoce el contenido de sus maletas.

Á pesar de todo eso, forzoso es confesar que nos llevan ventaja los anglo-americanos en dos puntos principales. Ya hemos visto que allí hay un asalto general á los empleos cada cuatro años, al tiempo de la eleccion de presidente; durante esos cuatro años los empleados, buenos ó malos, se conservan en sus puestos, y queda en calma el furor de

las pretensiones: aquí, á lo sumo, podremos asignar seis meses, por término medio, á la renovacion periódica de esos trastornos, y aún en ese tiempo que media entre uno y otro, no existe tampoco seguridad ni confianza completa en los poseedores de las prebendas, porque están constantemente en juego las intrigas y asechanzas de sus rivales para suplantarlos á la hora ménos pensada. Allí se da la batalla con encarnizamiento, se disputan los favores con escándalo; pero una vez elegidos los más hábiles, más fuertes ó más afortunados, los perdidosos se retiran mohinos y jurando vengarse para otra vez, y entre tanto dejan el oficio de pretendientes y se dedican á trabajar de un modo ó de otro: aquel pueblo, en medio de su perversion y á pesar de su declarada empleomanía, no ha perdido sus hábitos de laboriosidad; en cambio, entre nosotros, ya he dicho, y nadie ignora, que el que llega á ingresar en el numeroso gremio de pretendientes queda *ipso facto* incapacitado para el resto de sus días de aplicarse á ningun trabajo útil, y afiliado en las turbas que frecuentan los cafés, los casinos, las aceras de la Puerta del Sol y las avenidas del Congreso y de los ministerios. Sin duda la contemplacion de esa plaga de holgazanes hubo de inspirar á un ingenioso crítico contemporáneo esta amarga sentencia: «Suprimid los *vagos*, y al cabo de algun tiempo habrá que poner en las puertas de las cárceles: «*Esta casa se alquila*», y en las puertas de Madrid: «*Este pueblo se acaba.*»

En cuanto á *negocios*, como suelen llamarse en jerigonza picaresca los sobornos, cohechos, defraudaciones y demas trampas y tratos ilícitos que median entre los empleados infieles y los hombres sin conciencia que buscan su provecho con perjuicio del derecho de otros ó de los legítimos del Estado; en cuanto á eso, no creo que ninguna nacion del mundo pueda disputar el primer puesto á los Estados-Unidos. Bien claramente lo dice y lo deplora el autor que hemos tomado por texto, señalando esa calamidad como una de las más trascendentales y perniciosas consecuencias de la prevaricacion, por lo que pervierte la moral pública. Tan universal es allí esta corrupcion, que por do quiera se manifiesta, y ha llegado al extremo de que una comision investigadora nombrada *ad hoc* por el Congreso de Washington declare concusionario al presidente del Senado, que es tambien vicepresidente de la República, sin que el calificado haya hecho por sincerarse de tan terrible cargo, ni la calificacion haya tenido más consecuencias en el terreno judicial, pues que el acusado siguió y sigue tranquilo en su puesto. La explicacion de este fenómeno es muy sencilla: el culpable tenia mayoría en el Congreso, y el hecho quedó impune *por razones políticas*. Y lo peor del caso es que de esta des-

preocupacion de los hombres políticos participan todos, y todos se hacen cómplices con su tolerancia de esos atentados que la impunidad multiplica sin medida.

Por acá, en comparacion con tan insigne modelo, bien podemos decir que no son tantos los *negocios* que se hacen; mas para templar nuestra satisfaccion y moderar nuestra jactancia, la verdad es que, si no son tantos los *negocios*, no es por falta de disposicion en los que han de manejarlos, sino porque son ménos en número los que se presentan, por ser menor tambien la actividad y no tan frecuentes las ocasiones. De público y notorio se sabe que son muchos los funcionarios de todas categorías interesados personalmente, ya por participacion, ya por representacion de sociedades y empresas, en los negocios y expedientes cuyo despacho pertenece á su jurisdiccion ó conocimiento administrativo, resultando á cada paso la impropiedad de que sean jueces y partes á la vez, con grave peligro de su buen concepto y menoscabo de la autoridad de sus consultas y resoluciones. El absoluto desprendimiento de toda especulacion, agencia ó granjeria, para evitar la menor presuncion de parcialidad en los funcionarios públicos, es cosa que la razon natural dicta, que la delicadeza exige y que preceptúan terminantemente nuestras leyes. Pues nada de eso se estima ni considera por los despreocupados (que son los más), y ninguno de ellos hace misterio de sus particulares atenciones, como si fuesen compatibles con la severidad que requiere el desempeño de sus cargos. A eso se agrega que no faltan ejemplos, por demas escandalosos, de culpables abusos y positivos cohechos que cada cual podrá traer á la memoria; y en cuanto á tolerancia y acomodamiento, tambien es fácil recordar asombrosos pecados é increíbles rehabilitaciones. Sin contar con esa lenidad de la opinion pública, es seguro que no llegarían á tanto la audacia y el descaro de los prevaricadores. Si temiesen ser castigados con el estigma de la reprobacion general; si se viesen privados de la consideracion pública y excluidos de alternar con los hombres de bien los que así se apartan de la senda del honor y de la virtud, no sería cada dia mayor el número de los pervertidos.

Por eso he dicho, y creo haber probado, que el mal está en la sangre; que se ha apoderado de los órganos vitales de nuestra sociedad, y que lleva camino de matarla muy pronto, si más pronto no se acude con remedios heróicos á combatirlo y conjurarle. Se comprende fácilmente que la influencia moral de este veneno basta para acabar con su existencia; pero, aún sin atender á la moral, es materialmente imposible que subsista una sociedad en las actuales condiciones. Huyendo de tantas revuel-

tas y desvarios, la juventud más vigorosa y morigerada de nuestras provincias emigra á millares á Buenos-Aires y á los Estados-Unidos, dejándonos aquí á los pretendientes de empleos y á los socialistas. Los efectos de esta dolorosa sangría se experimentan ya, y serán cada vez más desastrosos. El pueblo romano, tan parecido á los de hoy en los rasgos característicos de su época de decadencia, pudo vivir más tiempo en medio de su corrupcion porque contaba con elementos que no existen hoy: ahora, como entónces, pide el pueblo *pan y circenses*; pero como ahora no tenemos naciones tributarias de donde sacar el trigo, ni esclavos que cultiven la tierra y las artes para regalar el ocio de los ciudadanos, el dia (que si seguimos al paso que vamos no está muy léjos) en que *todos* se propongan vivir á costa de los que trabajan y no quede *nádie* para trabajar... ese dia será el último de la presente civilizacion y el primero de la más vergonzosa barbarie.

A evitar, si es posible, tan lamentable extremo deben dirigirse los esfuerzos de todo hombre que se precie de honrado y de buen español; y como quiera que ya hemos visto que todo el mal estriba en la falsa nocion de *derecho* en que fundan sus aspiraciones lo mismo los pretendientes de empleos que los desalmados internacionalistas, si logramos acabar con esa preocupacion destruyendo tan funesto principio, lo que consigamos para desterrar la empleomania será un gran paso para reformar nuestras costumbres y defender mucho más fácilmente á la sociedad contra los groseros ataques de sus más francos y por eso mismo ménos temibles enemigos.

## CAPÍTULO II.

### CONOCIMIENTO DEL MAL Y TENTATIVAS HECHAS PARA REMEDIARLO.

Si desde tiempo ántes de la época en que escribía Florez Estrada era ya conocido el mal que nos aqueja, ¿qué mucho que hoy, cuando tan formidables proporciones toma, se lamente todo el mundo de su magnitud y de sus estragos?

Ya quedan indicados los diversos conceptos y maneras en que tan universales quejas se formulan. De dia en dia se oyen más fuertes, especialmente en las épocas críticas de cambios de gobernantes, cuando las turbas de pretendientes acuden á Madrid (sin que por eso queden libres de la misma plaga las capitales de provincia, los pueblos ni las aldeas) á asediarlos con sus exigencias y á dar al público sus repugnantes exhibiciones. Y es digno de notarse que en estos últimos tiempos los que más se quejan son, tal vez, los que mayor culpa tienen de esa vergüenza; esos mismos ministros y diputados que, si para ver de llegar á sus apetecidos puestos andu-

vieron pródigos de promesas, ahora que se cumplen los plazos y se ven abrumados por los acreedores, comprenden toda la enormidad de su compromiso y quisieran á todo trance librarse de tan penosa carga. Así suelen publicar los periódicos ministeriales en tales ocasiones significativos artículos, dictados por ese ahogo y por el deseo de satisfacer en algun modo á la opinion pública, si bien moderados al mismo tiempo por el prudente propósito de no enojar á los amigos. Largos ó cortos, los escritos de este género que dan á luz los periódicos inspirados por el Gobierno son por el estilo de éste, que copio de *La Correspondencia*, periódico ministerial de todos los ministerios:

«Es general el clamoreo acerca de la necesidad de cortar el creciente desarrollo de la empleomanía, y el Gobierno no desatiende este clamor.»

Los de oposición tratan el asunto con más marcialidad, y se explayan en largos y lamentosos artículos, ponderando el extremo á que han llevado el abuso y la corrupcion sus adversarios políticos, y echando de ménos los tiempos en que sus amigos mandaban y marchaba todo perfectamente; de donde se infiere la necesidad de que vuelvan pronto, si es que se quiere salvar la sociedad del abismo á cuyo borde se encuentra. A vueltas con esas tremendas declamaciones, suelen lanzar parrafitos como este, publicado algunos dias despues del último cambio político:

«Hasta ahora, en Gracia y Justicia no van presentadas más que *setecientas cincuenta y dos solicitudes* de magistrados, jueces y fiscales que se creen con derecho á volver al servicio activo como consecuentes alfonsinos.»

Debemos suponer que el noticiero no pudo averiguar el número de pretendientes de los demas ministerios, porque en otros, el de Hacienda, por ejemplo, de seguro que no podrá expresarse el guarismo con solas tres cifras.

En resumen: es un hecho que el daño existe y que no hay nadie que lo desconozca; y sería ocioso empeñarse en buscar más testimonios de tan notoria verdad. Lo que ahora procede es examinar las tentativas que se han hecho para corregirlo y apreciar los motivos de su evidente ineficacia.

Innumerables son los proyectos, órdenes, reglamentos y leyes que en varias épocas se han dado á luz sobre este asunto, ya de carácter general, ya con aplicacion á determinados ramos del servicio público, elaborados unos con gran lujo de preceptos severos y prolijas distinciones, votadas las otras entre los bostezos de los diputados, y recibidos todos con la más desdeñosa indiferencia por las gentes, como penetradas de que aquello habia de durar poco y de ser nulo en sus efectos. Baste decir ahora que las últimas disposiciones sobre incompatibi-

lidades vienen á completar ese conjunto de trabajos estériles que, si algo producen, es el descrédito cada dia mayor del Gobierno y de sus providencias.

Analizando éstas para descubrir su índole y calcular su alcance, pronto se conocen los motivos de tamaña falta de prestigio. Porque, en esencia, todos esos reglamentos se reducen á dar por bueno lo hecho hasta su promulgacion, á declarar firmes é inviolables los nombramientos vigentes entónces y á establecer reglas severas para las promociones y ascensos en lo sucesivo, cerrando la puerta á las destituciones y relevos por mayor.

Siendo, como son por lo regular, gente avisada los políticos que llegan á las primeras categorías, no se concibe cómo han podido incurrir en la candidez de creer eficaces esos recursos para poner coto á la siempre creciente empleomanía. No ménos infantil ha sido su esperanza, si por ese medio se propusieron perpetuarse en el poder, asegurando á los suyos el goce de las pensiones públicas. Porque, en efecto, al ménos previsor se le ocurriría lo que la experiencia nos ha demostrado en todas y cada una de las repetidas ocasiones de cambios y pronunciamientos que han venido despues de esas tremendas ordenanzas; que la parcialidad triunfante ha echado por tierra toda aquella máquina, tan laboriosamente construida: que ha destituido á todos los empleados existentes, sin respetar los reglamentos; que ha colocado en su lugar los de su devocion, y que despues ha pretendido establecer semejantes barreras y cortapisas para legitimar la preferencia é inamovilidad de sus criaturas: de lo que resulta que entre todos los partidos se han impuesto una tarea parecida á la de Penélope, pero que se diferencia de ella en que su fin es ménos honroso y laudable.

Mirándolo bien, parece como si al dictar esas disposiciones se ha querido sólo poner un trampantojo para tener á raya á los pretendientes de escalera abajo, excusándose de acceder á sus solicitudes so pretexto de cumplir los reglamentos; porque las exigencias que vienen de más alto, las que tienen á su favor el influjo de clases y personas que mandan fuerza, no se detienen ante tan livianos obstáculos, y es harto comun ver infringida en obsequio de esos poderosos la ordenacion más terminante, á los pocos dias de dictada, por el mismo ministro que la dictó: más todavía: no es raro que deje de cumplirse desde luégo, respecto de esas mismas entidades, como si no se hubiese dictado. Los ya referidos decretos sobre incompatibilidades, que parecen cosa de broma si se mira al modo de entender su observancia, sólo en ese concepto de tapar la boca á algunos pobretes de poca talla, pueden pasar como obra discreta y no como antojo

de perder el tiempo en una tarea absolutamente estéril y excusada.

De la misma falta de firmeza y de autoridad adolecen otras muchas disposiciones que pudieran citarse. En años pasados la ley y la costumbre prohibían para los cuerpos de la Armada la concesión de grados... de esos grados que en tan ilimitada abundancia y con tan lamentable abuso se han prodigado y se prodigan en el ejército; mas hubo una ocasión en que el ministro del ramo tuvo por conveniente faltar á esa regla, y llenó un par de columnas de la *Gaceta* con las gracias concedidas á buen número de oficiales de Marina á quienes otorgó el grado inmediato á la categoría de sus respectivos empleos; y lo más curioso del caso es que al final de aquella larga lista de graduaciones se lee un decreto por el que vuelve á prohibirse rigurosamente que se concedan grados en la Marina.

Legislar así, claro está que no es gobernar formalmente ni mirar por los respetos de la autoridad moral que deben tener, si han de ser útiles y eficaces, los mandamientos del gobierno. Quien quebranta las leyes que encuentra establecidas ó las que él mismo establece, en vano se empeñará en forzar á sus sucesores á que no sigan su ejemplo, subsistiendo los mismos estímulos y teniendo idénticas facultades.

Sea, pues, la que quiera la intención con que se han proyectado ó planteado las reformas del servicio civil; ya veamos en ellas meramente el propósito de los hombres políticos de perpetuar el imperio de su partido; ya el ménos trascendental de salir del paso y librarse de la pesadilla de muchos pretendientes, poniendo un espantajo con que ahuyentar á los ménos animosos ó de escaso valimiento; ya, en fin, reconozcamos en algunas de las tentativas hechas verdadero deseo sentido por los amantes del bien público y por celosos hombres de gobierno de poner fin á esa calamidad tan humillante como desastrosa, el resultado es que todos los esfuerzos ideados ó hechos hasta ahora para conseguirlo han probado ser igualmente ineficaces, y vemos con espanto que el mal cunde y se propaga en alarmante progresión, sin ser nadie ni nada poderoso á contenerlo.

Y es que nadie ha dado con su verdadero origen; que nadie ha profundizado en busca de la raíz para estirparla; que nadie se ha fijado en que esa raíz es el *derecho* que alegan los pretendientes de empleos á vivir á expensas del Tesoro público: y todos los proyectos, todos los reglamentos, todas las leyes que se han elaborado con el fin de corregir el abuso, principian por reconocer y respetar ese funesto derecho. Todos convienen en que la *política* es la levadura corruptora que pone en fermentación las malas pasiones y produce esa deshonra, y, sin

embargo, dejan á merced de los hombres *políticos* la fuente de los favores. Todos, en fin, admiten sin discusión el principio tan inmoral como absurdo de dar por buenos los *hechos consumados*, y de tales antecedentes no hay que extrañar que se deriven las naturales consecuencias.

En todos esos conatos de reforma se han establecido como bases fundamentales de ella: 1.º Respetar los nombramientos hechos y conservar en sus puestos á los actuales poseedores de los destinos. 2.º Proveer el orden en que han de cubrirse las sucesivas vacantes que ocurran en los diferentes ramos de la administración pública por los cesantes de cada uno de ellos. Y tan pagados estuvieron sus autores de la excelencia de su pensamiento, y tan convencidas las más de las gentes de que ese es el camino derecho de la enmienda, que acostumbramos oír los más pomposos elogios de tal cual ministro por su firme resolución de colocar cesantes en las oficinas de su dependencia. Pensar y proceder así, después de haber convenido en que entre los empleados, cesantes y no cesantes, si bien los hay dignísimos, abundan los ineptos, no escasean los holgazanes ni faltan los corrompidos, es incurrir en la contradicción más lastimosa, que basta y sobra para explicar cómo han sido estériles los mejores deseos de llevar á cabo la reforma, y cómo lo será todo proyecto que tenga por fundamento ese principio tan abiertamente contrario á la moral y á la justicia.

En efecto: con ese culto á los *hechos consumados*, el reformador se hace cómplice del ministro que faltó á su deber nombrando para el empleo á una persona indigna de obtenerlo ó incapaz de desempeñarlo, y reconoce en éste como un *derecho* lo que es una usurpación; toma también á su cargo el *desagravio* del cesante, cuando acaso fué declarado tal por alguna causa que mereciera un proceso criminal, y que no se formó por efecto de esas tolerancias, conmisericordias y compadrazgos de que podrían citarse tantos ejemplos. En suma, proceder así, es sancionar con una falsa apariencia de equidad todos los desafueros, y dar por bien hecho lo mismo que se deplora y se quiere corregir, en vez de emplear el cauterio como único método curativo. Mediante lo que todos sabemos, el mero hecho de ser ó haber sido empleado no arguye en el sujeto ni inteligencia, ni celo, ni moralidad, ni género alguno de aptitud para desempeñar su destino. Otras pruebas se necesitan para distinguir y estimar á los que son dignos, y otros procedimientos para mejorar el servicio, restablecer el orden administrativo y ahuyentar á los pretendientes. Tratando de perpetuar á los que han ido delante de ellos con la misma osadía y los mismos procedimientos, lo que se hace es dar nuevo estímulo á los hombres políticos para

asaltar á su advenimiento al poder los puestos oficiales y adjudicárselos á sí y á sus favoritos... sin perjuicio de restablecer el orden y ofrecer á los cesantes que serán colocados cuando llegue su turno!

Bien ha sabido un periódico compendiar del modo más expresivo este concepto en uno de sus últimos números con estas picantes palabras:

«Debemos suponer que están ya colocados todos los amigos del gobierno, cuando pide un diario ministerial que se haga una buena ley de empleados.»

Esa es y esa será la historia de todos los arreglos de este género, mientras no se profundice suficientemente la materia y no se busque cimiento más firme para asentar la obra.

Alguna otra reforma se ha intentado también, circunscrita á ramos particulares, como la de los cuerpos de ingenieros civiles planteada en 1871 por el ministro Sr. Angulo. Duramente combatida fué por los que vieron con ella lastimados sus particulares intereses. Mucho hay que decir en réplica á aquellas censuras, y algo de ello me reservo para más adelante. Por ahora me limito á indicar que, en aquella reforma como en otras, se quiso realizar un propósito laudable, se trató de satisfacer una necesidad reconocida; pero no se profundizó el estudio lo bastante para hacer cosa de provecho. Allí no se trataba de nombrar empleados nuevos, ni era caso de tener en poco la aptitud, pues que la de los individuos de esos cuerpos es notoria; pero, dejando como estaba la complicada y viciosa organización administrativa que existía, se disminuyó sin discernimiento el número de funcionarios; y de todo ello resultó que, á los pocos meses, quedaron las cosas como estaban, y más extraviadas que nunca las ideas en lo tocante al mejor servicio administrativo y á las calidades y condiciones de sus agentes.

La falta de nociones rectas y cabales de lo que deben ser los empleos y los empleados ha sido, á mi entender, la causa de que los trabajos de esta especie que hasta ahora son conocidos del público no hayan dado el fruto que sus autores se propusieran. Tan evidente es para mí esta verdad, que sin enmendar ese error fundamental, de que participan igualmente gobernantes y gobernados; sin desvanecer esa funesta preocupación arraigada en el convencimiento de todos; aunque supusiéramos el milagro (que milagro sería) de reunir unas Cortes compuestas en totalidad de gentes de las *que pagan*, en vez de las que solemos tener, formadas en gran número de los *que cobran*; así y todo, sin ese previo desengaño, tales Cortes no podrían hacer una ley de empleados, una ley orgánica de servicios públicos que llevase ventaja á las anteriormente proyectadas, propia para vindicar los fueros de la moral y de la justicia y capaz de acabar con la *empleomanía*.

Y ya que á todas horas oímos que son muchos los que piensan, estudian y se afanan por conseguir tan honrado propósito, tiempo es de que cada cual acuda con el tributo de sus meditaciones y de su buena voluntad á la grande obra, que bien puede llamarse grande y patriótica si con ella se consigue apartar á la juventud española de tan vergonzoso sendero, enseñándole el camino del honor y del trabajo, y levantar el espíritu y el crédito de la nación entera para librarla de ese baldon que nos deshonra.

Nada menos que eso me propongo con mi *arbitrio*.

JOSÉ RUIZ LEÓN.

(Continuará.)

## NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA METRICA

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

### I.

Mucho se ha escrito sobre la historia de nuestra versificación, y no siempre con acierto. En general, los críticos que han dedicado su atención á estos estudios pecan por excesivo apasionamiento en pro de ideas preconcebidas y de sistemas forjados, más por capricho erudito, que por detenida observación de la materia objeto de sus investigaciones.

El primer tratado de arte métrica que en lengua castellana conocemos es el que, con el título de *Arte de trovar ó Gaya Sciencia*, recopiló D. Enrique de Villena, á imitación y ejemplo de los lemosines Ramon Vidal de Besalú, Jofre de Foxa, Berenguer de Troya, Guillermo Vedel de Mallorca, Guillen Molnier y Fr. Ramon Cornet (1). De él sólo se conservan breves extractos, formados por algun curioso, y dados á luz por Mayans en los *Orígenes de la lengua española* (2). Ni en ellos ni en la *Gaya Sciencia*, de Pedro Guillen de Segovia, que es una copiosísima *selva* de consonantes, hallamos nada importante para nuestro propósito. Más granado fruto ofrece el *Arte de trovar*, de Juan de la Encina, que muchos han apellidado *Poética*. Los capítulos quinto, sexto y sétimo tratan de la medida y piés de los versos castellanos, que divide en versos de ocho sílabas ó de arte real, y de doce ó de arte mayor, de los consonantes y asonantes, y de las combinaciones métricas, llamando *mote*, *letra de inven-*

{1} *Arte de trovar*.—Continuación del *trovar*.—*Libro de figuras y colores retóricos*.—*Summa Vitulina*.—*Tratado de las flores* (*Compendio de las Leyes de amor*).—*Doctrinal*. Todos estos libros cita D. Enrique en la parte que del suyo ha llegado á nuestros días.

{2} Páginas 269 á 284 de la nueva edición (Madrid, 1873).

cion ó villancico á las coplas de uno, dos y tres piés, y canciones á las de cuatro, cinco ó seis. Hacia el mismo tiempo, y guiado siempre por la luz de la antigüedad clásica, decía Antonio de Nebrija en su *Arte de la lengua castellana* (1): «Todos los versos cuantos yo he visto en el buen uso de la lengua castellana se pueden reducir á seis géneros, porque, ó son monómetros, ó dímetros, ó compuestos de dímetros é monómetros, ó trímetros ó tetrametros, ó adónicos sencillos, ó adónicos doblados.» Esto nos conduce á indicar algo sobre el origen de nuestros metros, enumerando siquiera brevemente el caudal que poseía nuestra lengua á fines del siglo XV, y que ha recibido más bien perfeccion que aumento en épocas posteriores. Materia era esta confusa y embrollada, hasta que la diligencia, sagacidad y erudición de nuestro doctísimo maestro el Ilmo. Sr. D. José Amador de los Ríos, ha venido á dar luz á tan revuelto caos (2). Que el origen de nuestros metros es latino, claramente lo ha demostrado el erudito escritor á quien acabamos de citar. Que por medio de los himnos de la Iglesia llegaron tales formas á la literatura vulgar, puesto está de igual modo fuera de toda discusión y duda. La degeneración sucesiva de las formas clásicas puede, sin dificultad, ser estudiada en el *Himnario latino-visigodo*, en la *Himnodia Hispánica*, publicada en Roma por el jesuita Arévalo, y en los copiosos monumentos de época posterior, recogidos por el Sr. Amador de los Ríos en las ilustraciones que á esta materia dedica.

¿Cómo no habian de introducirse en la poesía vulgar semejantes formas, cuando para celebrar al héroe nacional por excelencia, adoptaba un ignorado poeta por los años de 1133 la clásica forma del *sáfico*, manejándole á veces con habilidad muy notable?

Eia... lætando, populi catervæ  
Campidoctoris hoc carmen audíte...  
Modo canamus Roderici nova  
Principis bella (3).

En los primeros monumentos de nuestra poesía, en los dos poemas del Cid, en las leyendas de *Los tres reys d'Orient* y de *Santa María Egipciaca*, y en el *Misterio de los Reyes Magos*, descubierto en la biblioteca toledana, aparecen metros, en apariencia informes, pero cuya derivación latina es incuestionable. Los versos tienen desde diez á diez y ocho sílabas, como adaptados al canto, dependiendo en otros casos su irregularidad de los errores de los

copistas. El poema de *Santa María Egipciaca*, que ha soñado imprimirse en forma de versos cortos de ocho ó nueve sílabas, consta en realidad de versos de diez y ocho, forma que no tardó en ser abandonada. Los de diez y seis, cuyo hemistiquio de ocho recibe en el siglo XV el nombre de *pié de romance*, vienen, según la respetable autoridad de Nebrija, del *tetrametro yámbico ú octonario*, y se encuentran en abundancia en los poemas de esta edad. Los de catorce, malamente llamados alejandrinos, proceden del *pentámetro*, y *pentámetros castellanos* los llamó en el siglo pasado el beneficiado Trigueros, que compuso en tal metro diferentes poemas filosóficos, de lo más detestable que recordamos haber leído. Con estas tres principales especies de metros se combinan en los poemas de esta edad los de quince, trece, doce y diez sílabas, apareciendo como en embrion todos estos elementos, muertos antes de nacer algunos de ellos. En pós de esta primera época de nuestra poesía, viene la segunda, caracterizada por el cultivo del *arte heróico-erudito*, que nuestro sabio maestro el Sr. Milá y Fontanals apellida *mester de clerezía*, apoyando esta denominación en los primeros versos del *Alejandro* de Juan Lorenzo Segura de Astorga. La forma general de los poemas de esta edad ha sido encerrada por el mismo erudito en la concisa fórmula siguiente: *tetrástrofos monorrimos alejandrinos*, esto es, versos de catorce sílabas, dispuestos en estancias de á cuatro y ligados por la misma rima. Apénas hay excepciones de esta regla; Berceo, sin embargo, usa en el epitafio de Santa Oria los octonarios, y en el canto de los judios, inserto en el *Duelo de la Virgen*, emplea los de ocho y nueve sílabas alternativamente. En tiempo de Alfonso X recibe nuestra metrificación prodigioso incremento. Las *Cantigas* ofrecen ejemplos de la mayor parte de los metros y combinaciones usados posteriormente. En este punto, como en tantos otros, ha de derramar copiosa luz la anunciada publicación por la Academia Española de tan precioso monumento. Entre tanto, gracias á los trabajos del Sr. Amador de los Ríos, sabemos que en las *Cantigas* se hallan versos de diez y seis, catorce, doce (iguales á los de las *Querellas*) y once (agudos y graves). Esto por lo que toca á los metros de arte mayor. En cuanto á los menores, no es ménos rica la cosecha; de seis (adónicos de Nebrija), de siete (hemistiquios del pentámetro), de ocho (dímetro yámbico, hemistiquio del tetrametro) se encuentran copiosos ejemplos.

Los versos de doce y los de once sílabas son las dos formas de metrificación más importantes entre cuantas el Rey Sabio introduce. A los primeros llamó Nebrija *adónicos doblados*, como á los de seis *adónicos sencillos*, comparándolos en otras ocasiones con el trimetro yámbico senario. Otros, con más

(1) Libro II, cap. viii. Salamanca, 1592.

(2) Véase el tomo II de su *Historia crítica de la literatura española*, páginas 505 á 560, y 415 á 458.

(3) Du-Meril. *Poesies Populaires Latines du Moyen-Age*, Milá y Fontanals. *Observaciones sobre la poesía popular*, Amador de los Ríos, obra citada.

fundamento, en nuestro sentir, los equiparan, en cuanto es posible, con los *asclepiadeos*. Compárense estos dos versos:

Mæcenas, atavis edite regibus. (Horacio.)  
Cá he visto, dice, Señor, nuevos yerros. (J. de Mena.)

y se notará que para nuestros oídos no hay gran diferencia. En cuanto á los de once, su origen *sáfico* es harto notorio.

Siguen las huellas del Rey Sabio D. Juan Manuel y el archipreste de Hita. En las *moralidades del Conde Lucanor* encontramos de nuevo los versos de once y doce sílabas, probando que la tradición artística no sufrió interrupción en este punto. El archipreste, que se propuso en su variado poema dar entrada á todos los metros hasta entónces cultivados, no añade, sin embargo, ninguno á los usados en las *Cántigas*, y sólo una vez, y con escaso acierto, usa el *endecasílabo*. Reaparece este metro en las poesías de Micer Francisco Imperial, introductor de la alegoría dantesca en nuestro suelo, y llega á ser combinado en forma de sonetos petrarquescos por el marqués de Santillana; pero en esta edad de nuestra poesía aparece eclipsado por el de arte mayor ó de doce sílabas y por los metros cortos, cuyas combinaciones casi agotaron los trovadores de la corte de D. Juan el segundo. Entiéndase esto por lo relativo á Castilla, pues en la España Oriental fué muy cultivado el endecasílabo en el siglo XV, como saben bien, sin acudir á recónditas noticias, los que alguna vez han saboreado los deleitosos cantos del incomparable Ausias March.

Y entramos en el siglo XVI, en que, vencida la oposición de Castillejo, domina, sin más rivales que los metros cortos, el verso de once sílabas, cuya supuesta importación de Italia se ha atribuido á la habilidad de Boscan y á los consejos de Navagiero. Aparecen en nuestro Parnaso la canción petrarquista, la octava, el terceto, la sextina y otra infinidad de combinaciones del endecasílabo, y resucita el soneto olvidado desde los tiempos del marqués de Santillana. Pero aquel clásico Renacimiento de las formas no podía contentarse con las empleadas por los grandes maestros italianos, y debió buscar otras más cercanas á las de la lírica grecolatina. Así vemos á Garcilasso emplear en *La Flor de Gnido* la ligera y gallarda estrofa de cinco versos que desde entónces recibe el nombre de *lira*, y, con escasas excepciones, es usada por Fr. Luis de León en las más admirables inspiraciones que atesora nuestro Parnaso del siglo XVI. No la desdeña tampoco el bachiller Francisco de la Torre, segundo entre los poetas de la escuela salmantina, pero, anhelando acercarse todavía más á la nunca igualada pureza helénica de la forma, construye estro-

fas del todo clásicas en cuatro odas de lo más acabado que salió de su pluma:

Claras lumbres del cielo, y ojos claros  
Del espantoso rostro de la noche,  
Corona clara, y clara Casiopea,  
Andrómeda y Perseo.....

Amintas, ni del grave mal que pasas  
Dejes vencerte, ni volviendo el rostro  
A tu fortuna, te acobardes tanto  
Que sienta tu flaqueza.....

Amintas, nunca del airado Júpiter  
La armada mano descompones umbrosa  
Selva de plantas, sin mostrar humana  
Su presencia divina.....

Tirsis, ah Tirsis, vuelve y endereza (1).....

De tales estrofas á la resurrección de la *sáfica*, parece que no hay más que un paso. Y, sin embargo, Francisco de la Torre, que daba el nombre de *adónicos* á los versos de sus endechas, no hizo sino por casualidad metros *sáficos*. La introducción de la bellísima y alada estrofa de Lesbos se ha atribuido con error á Villegas. Punto es este que merece ser puesto en claro, siquiera sea de pasada. Los primeros *sáficos* que conocemos en castellano, por más que nadie haya parado mientes en ellos, son obra del sabio arzobispo de Tarragona Antonio Agustín. Recorriendo en cierta ocasión sus obras completas (edición de Luca, 1772), tropezamos en el tomo VII, pág. 178, con una carta á su amigo Diego de Rojas, fecha en Bolonia 1540, y en ella con estas palabras: «*Mitto ad te quedam epigrammata novi cujusdam generis.*» Los versos de nuevo género á que el futuro arzobispo se refiere, son unos *sáficos* que comienzan así:

Júpiter torna, como suele, rico,  
Cuerno derrama Jove copioso,  
Ya que bien puede el Pegaseo monte  
Verse y la cumbre.

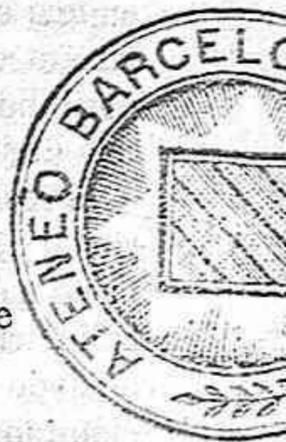
Antes ninguno sabio poeta  
Pudo ver tanto que la senda corta  
Viese que á griegos la subida siempre  
Fuera y latinos.

Vemos que Ennio, Livio y Catulo,  
Pindaro, Orfeo, Sófocles y Homero,  
Virgilio, Horacio y con Nason Lucano  
Esta seguían...

¡Cosa en verdad extraña! Antonio Agustín, que apenas hizo otros versos que unas deliciosas octavas á la fuente de Alcover, es quien ha dotado á nuestra poesía erudita de una de sus formas más bellas y galanas! Añádase este laurel á los muchos que ciñen la frente del docto arzobispo.

En *sáficos* tradujo poco después el Brocense con admirable fidelidad y acierto la oda X del libro II de Horacio «*Rectius vives, Licini,*» y en *sáficos* es-

(1) Obras del bachiller Francisco de la Torre.—Madrid, 1753, páginas 54, 59, 8, 48.



cribió Fr. Jerónimo Bermudez varios coros de las *Nises lastimosa y laureada*. Ambos fueron anteriores á Villegas, y el segundo es autor de trozos muy notables de poesia horaciana, no inferiores á las dos celebradas odas *Del céfitro y de la Paloma*. Nuevas y graciosas combinaciones métricas usó tambien Francisco de Medrano, felicísimo imitador de Horacio. No recordamos ninguna otra innovacion, que de notar sea, en la dorada edad de nuestras letras. Aun las que hemos indicado tuvieron poquísimos secuares. Las formas italianas y las nacionales dominaron sin contradiccion apénas. Sólo la *lira* de Garcilasso tuvo imitadores, así entre los vates portugueses, como entre los castellanos. La lectura de los escasos tratados de métrica dados á luz en los siglos XVI y XVII, entre los cuales recordamos el *Cisne de Apolo*, del P. Carballo, el *Arte Poética*, de Rengifo, y la *Rítmica*, de Caramuel, el estudio de los preceptistas que, como el *Pinciano* (Filosofía Antigua Poética), Cascales (Tablas), Juan de la Cueva (Ejemplar poético) y Miguel Sanchez de Lima (Poética), trataron por incidencia este punto, nos convence de la verdad de la observacion precedente. Sólo Caramuel menciona el *sáfico*, citando algunas estancias de la traduccion del Brocense ántes mencionada, y tampoco recordamos de este metro otro ejemplo notable, fuera de los citados, que una oda burlesca de Baltasar de Alcázar al *Amor*, que no sabemos si será anterior á los ensayos de Villegas, aunque nos inclinamos á creer que sí. Lo que á Villegas pertenece es la introduccion del exámetro, de que usó, no sin cierta felicidad á veces, en una égloga, y combinado con el pentámetro formando disticos, en dos brevísimos epigramas. La posibilidad de estos metros permanece todavia en tela de juicio.

Ábrese *literariamente* el siglo XVIII con la aparicion de la *Poética*, de Luzán, que consagró á la parte métrica diferentes capitulos. En él comienza la doctrina de las sílabas largas y breves, que asimilando nuestra versificacion á la latina, ha producido tanta confusion en las teorías métricas posteriores. Y es de advertir que Luzán, á pesar de su doctrina, ó más bien á causa de ella, debia tener tan escaso oido en cuanto á los versos griegos y latinos, que cuando tradujo, con más fidelidad que poesia, la segunda oda de Safo, erró dos ó tres veces en punto á la armonía de los versos en una composicion que sólo tiene cuatro estrofas.

Apénas hay que registrar innovaciones métricas en el siglo pasado. Vacá de Guzman fué el primero en introducir la asonancia entre el segundo verso *sáfico* y el *adónico*. Esta modificacion, de agradable efecto, pero que desvirtúa un tanto la indole clásica del metro, se observa en su *Oda á la muerte de Cadahalso*:

Vuela al Ocaso, busca otro hemisferio,  
Baje tu llama al piélagosalobre,  
Délfico númen, y á tu luz suceda  
Pálida noche (1).

La misma combinacion y el asonante mismo empleó Búrgos en su gallarda traduccion de la oda 2.<sup>a</sup> del libro II de Horacio «*Pindarum quisquis studet æmulari.*»

De cera en alas se levanta, Julio,  
Quien competir con Pindaro ambicione,  
Icaro nuevo, para dar al claro  
Piélagos nombre...

Nueva modificacion experimentó el *sáfico*, introduciéndose la consonancia entre el segundo verso y el primer hemistiquio del tercero, tal como se advierte en la *sáfica* de Jovellanos á *Poncio* (Vargas Ponce), y en su *Epitalamio* á D. Felipe Rivero, combinacion que fué empleada con superior maestría por Búrgos en su hermosa traduccion del «*Mercuri nam te.*» oda 11 del libro II de Horacio:

Dulce Mercurio, pues por tí enseñado  
Anfion las piedras con su voz movia,  
Y tú algun dia, desdeñada siempre,  
Siempre callada...

Y para hacer mérito de todos los ingeniosos artificios usados en la estrofa *sáfica*, recordaremos la linda y verdaderamente *clásica* oda de Arjona, intitulada *La Gratitud*, en la cual por primera vez, segun entendemos, aparecen enlazados alternativamente los tres versos *sáficos* y el *adónico*:

Amor es alma de que el orbe vive,  
Autor celeste del ardor fecundo  
En que las auras de su sér recibe  
Plácido el mundo.

El ilustre penitenciario de Córdoba, cuyos versos acabamos de citar, fué tambien inventor de una graciosa combinacion métrica, que por nadie hemos visto imitada, aunque él la manejó con singular acierto. En su oda *La Diosa del Bosque*, las estrofas están dispuestas de esta manera: el hemistiquio de los dos primeros versos está formado por un esdrújulo, el tercero es *sáfico*, el cuarto breve y agudo, consonando con el de la estrofa siguiente, de esta manera:

¡Oh si bajo estos árboles frondosos  
Se mostrase la célica hermosura  
Que vi algun dia en inmortal dulzura  
Este bosque bañar;  
Del cielo tu benéfico descenso  
Sin duda ha sido, lúcida belleza:  
Deja, pues, Diosa, que mi grato incienso  
Arda sobre tu altar!

(1) Por error aparece incluida esta oda en la primera edicion de las *Poetas de Fr. Diego Gonzalez*.

La escuela salmantina, sobre todo en su segunda época, propendió á huir del artificio métrico, no empleando, sino rara vez, las leves y aladas estrofas líricas, imitaciones de la métrica clásica, é inclinándose con preferencia á las tiradas larguísimas de endecasílabos sueltos (1) ó asonantados, que prestando inmenso campo á la palabrería y desmedida amplificación, hacen muy fatigosa la lectura de Cienfuegos y de Sanchez Barbero, uniéndose este defecto á los de sensibilidad afectada, falsa grandeza y trasnochado filosofismo, de que tanto adolecen estos poetas, y en que no dejó de incurrir el gran Quintana, dicho sea con todo el respeto debido á tan egregio nombre. Por el contrario, los hijos de la escuela sevillana, Lista, Reinoso, y Arjona especialmente, Arriaza, los que en escaso número seguían aún en lo lírico las huellas del matritense Inarco, y los que en época posterior le imitaron, gracias á las enseñanzas de Hermosilla, que sentía por él un entusiasmo casi fanático, pusieron, como hidalgamente confiesa Quintana, *todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de los números, en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecución, añadiendo que su estilo, á lo ménos en gracias y en halago, no es vencido ni por ventura igualado de otro alguno*. Moratin y su pequeño grupo literario, que (dicho sea en honor de la verdad) respondieron á los elogios de los salmantinos con los agudos dardos de la *Epístola á Andrés* y con las feroces diatribas de Tineo y de Hermosilla, son dignos de recordacion en esta breve reseña de las vicisitudes que ha experimentado nuestra métrica. En sus correctísimas poesías sueltas, *con las cuales no se ha mostrado la fama equitativa* (2), empleó Moratin, con admirable limpieza y elegancia de ejecución, gran variedad de combinaciones métricas, algunas nuevas en nuestro Parnaso. La oda á la Virgen de Lendinara, escrita en el ritmo de Francisco de la Torre, los dos cánticos sagrados que en graciosa variedad de metros compuso á imitación de los *oratorios* italianos, la elegía *A la muerte de Conde*, en que también es toscana la disposición de las estrofas, y la epístola á Jovellanos en decasílabos esdrújulos, que Hermosilla llama *asclepiadeos*, son ensayos en su mayor parte felices y que debieran haber tenido imitadores. En cuanto á los *asclepiadeos*, *nueva cuerda* que Moratin pensaba haber añadido á la lira española, es lo cierto que, si bien tienen alguna analogía con aquel metro latino, y no hacen mal efecto en el oído, no son en realidad otra cosa, según la burlesca receta de D. Juan Nicasio Gallego, que dos versos pentasílabos semejantes á los empleados por Iriarte en su fábula del *Na-*

*turalista y las dos Lagartijas*, unidos, y adornados al fin con un esdrújulo. ¿Qué diferencia hay entre estos dos versos:

«Id en las alas del ráudo Céfito,»  
«Vió en una huerta dos lagartijas?»

Y si el primero se parece al

Mecœnas atavis edite regibus,

¿por qué no se ha de parecer el segundo? Hé aquí cómo el bueno de Iriarte hacía *asclepiadeos* sin percatarse de ello.

Decíamos ántes que los elogios de Hermosilla habían producido algunos imitadores de Moratin como poeta lírico, y al afirmar esto, nos referíamos especialmente á una preciosa coleccioncita de odas que, con el título de *Preludios de mi lira*, vió la luz pública en Barcelona en 1832. Era su autor un altísimo y malogrado poeta catalán que, tras la desdicha de morir en la edad temprana de 25 años, tuvo la todavía más lastimosa de ser desconocido fuera de su país natal. Llamábase D. Manuel Cabanyes; pero ni su nombre ni sus producciones han pasado la infranqueable márgen del Segre. Empapado en las formas de Horacio, más que ningun otro de sus contemporáneos, poeta de propio y varonil aliento, fué tal vez el más verdaderamente *clásico* de aquella generación que precedió á la aurora del *Romanticismo* en España. Cabanyes, que conocia á Byron (cosa verdaderamente extraña); fué sin embargo imitador constante de la antigüedad; pero *á la manera de Fóscolo ó de Andrés Chenier*, dice el Sr. Milá y Fontanals. La independencia de su carácter, que se unia muy bien con su adoracion de la forma helénica, le llevó á rechazar sistemáticamente el uso de la rima, llegando hasta el punto de excluir de su colección poética varias composiciones (muy lindas por cierto) en que había empleado aquella gála. Él mismo lo dice gallardamente en la extraña oda que tituló *«Independencia de la poesía:»*

Sobre sus cantos la expresion del alma  
Vuela sin arte; números sonoros  
Desdeña y rima acorde; son sus versos,  
Cual su espíritu, libres.

Y reduciéndose á escribir en versos sueltos, apenas tiene, sin embargo, dos composiciones en que emplee el mismo ritmo. En una ocasion usa el *sáfico*, en otra la estrofa de Francisco de la Torre, á veces se vale de combinaciones tan extrañas como la siguiente, ya empleada con alguna irregularidad por Herrera en una traduccion de Horacio:

Pacto infame, sacrilego,  
Con el Querub precito celebrara  
Aquel que á un metal pálido  
Primero dió valor inmerecido, etc.

1) Quintana hizo la apología de estos en las *Variedades de Cie.*, etc.

2) Milá y Fontanals.

En otra oda combina los dodecasílabos de Juan de Mena con los adónicos horacianos, produciendo un conjunto bastante híbrido, y otras veces forma estrofas de versos sueltos, tan bien construidas como estas:

Hacia tí con deseos criminales  
La su vista de águila volviera  
Entonces de las Galias  
El domador, cual mira  
Hambriento azor en la region del Éter  
La que va á devorar tímida garza.  
(Oda al Estío).

¡Ay, qué de sangre escita y trace inunda  
Las faldas del Balkan! ¡Ay, cuántos vuelca  
Extinguidos guerreros  
El Vistula aciago!  
¡Cuánto de lloro apaga vuestras lumbres,  
Flamencas madres, bátavas esposas!  
(Oda al cólera morbo).

En su bellísima oda *La Misa Nueva* emplea *asclepiadeos moratinianos* y adónicos agudos de esta manera:

¡Quién se adelanta modesto y tímido,  
Cubierto en veste fúlgido-cándida,  
Al tabernáculo, mansion terrena  
De Adonai?

.....  
¡Ah! no le olvida, y un hijo escógese  
Entre sus hijos, á cuya súplica  
Cuando en los áridos campos marchítese  
La dulce vid,  
Romperá el seno de nubes túrgidas  
Y hará de lo alto descender pródiga  
Lluvia que el pecho del cultor rústico  
Consolará.

Fácilmente se concibe el desprecio de Cabanyes por la rima. ¿Para qué la necesitaba cuando á tal punto sabía diversificar los versos sueltos y acercarse tanto á la métrica clásica? ¡Lástima que no haya tenido imitadores!

Y ahora hablemos de las *Poéticas* y *Artes Métricas* publicadas en este periodo. Curiosa y nada más es la de Masdeu, que sólo por recreacion emprendió su tarea. Más enseñanza se encuentra en las adiciones al Blair de Munárriz, quien en lo relativo á esta materia y á la de sinónimos recibió inspiraciones de Cienfuegos, segun apunta Hermsilla en el *Curso de Bellas Letras*, manuscrito suyo que poseemos y que puede considerarse como el primer bosquejo del *Arte de Hablar*. En ambos trabajos sostuvo con creces aquel rígido y atrabiliario preceptista la doctrina de Luzan respecto á breves y largas, añadiendo sobre la cesura notables errores. De tales teorías, así como de las de Martínez de la Rosa, que en las *Anotaciones á la Poética* se dejó arrastrar por el torrente de los *latinistas*, dió buena

cuenta Maury en la *Carta á Sabóá*, que éste colocó entre las ilustraciones á su *Gramática*. ¡Lástima que el ilustre cantor de *Esvero y Almedora*, conocedor el más profundo de la índole prosódica de nuestro idioma é iniciado en todo linaje de misterios rítmicos, no nos los revelase por entero en un tratado especial sobre esta materia! Porque es lo cierto que todavía falta una *Arte Métrica Castellana*. D. Juan Gualberto Gonzalez, traductor egregio de la *Epístola á los Pisones*, de las *Églogas* de Virgilio, Nemesiano y Calpurnio, de los *Amores* de Ovidio y de los *Besos* de Juan Segundo, se limitó á hacer observaciones sueltas (notables ciertamente) y dirigidas á demostrar la posibilidad de componer exámetros en nuestra lengua. Unió á la teoría la práctica, traduciendo con felicidad la égloga *Alexis*:

Ya apresta á los segadores cansados del rápido estío  
Testilis, sépol y ajos, aromáticas yerbas,  
Conmigo en las florestas cuando voy tus huellas siguiendo.  
Bajo del sol ardiente resuenan las broncas cigarras.

Estos metros, que, á mi entender, en una composición original no serían tolerables, pueden emplearse, no sin ventaja de la concision, en traducciones de los antiguos clásicos. También ensayó D. Juan Gualberto los *asclepiadeos moratinianos* en traducciones de dos odas de Horacio, y el distico en la de un *Beso*, de Juan Segundo.

En general, los preceptistas de métrica han abandonado casi del todo la teoría de la cantidad de las sílabas, ateniéndose únicamente á los acentos. Exceptuamos, sin embargo, á D. Sinibaldo de Mas, quien, en su ingeniosísimo *Sistema Musical de la lengua castellana*, varias veces impreso, sostuvo con suma habilidad y poderosos argumentos la division en largas y breves, deduciendo de aquí la posibilidad de imitar en castellano casi todos los metros latinos y aún de inventar nuevas especies de versificación, inadmisibles casi todas, de las cuales presenta repetidos ejemplos el autor del *Sistema*, que para corroborarle más emprendió y llevó á término la hercúlea empresa de traducir en *exámetros* castellanos los doce libros de la *Eneida* (1).

Pero mientras estos humanistas hacian tentativas más ó ménos felices, se acercaba la inundación romántica, que sin dificultad arrolló exámetros, pentámetros, sáficos y asclepiadeos, produciendo, como toda revolución necesaria, muchos bienes mezclados con razonable cantidad de males. Si se hubiera detenido en los límites que la trazaron Alcalá Galiano en el prólogo de *El Moro Expósito* y D. Agustín Durán en el *Discurso sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del teatro español*, mu-

(1) Merecen especial mencion en esta reseña de las vicisitudes de nuestra métrica, los preciosos *Dialogos Literarios* del Sr. Coll y Vehí.

cho habría que aplaudir y poco que censurar en aquel generoso movimiento. Mas no fué así, por desgracia. La escuela, que había empezado condenando la afectación y el amaneramiento, sustituyó á las empalagosas anacreónticas y églogas un diluvio de *orientales, meditaciones, fantasías y pensamientos* no ménos intolerables que los artificiosos géneros desterrados. Unos se dieron á imitar al inimitable Byron, lamentando dolores internos, desesperaciones y hastíos que jamás sintieron; otros, abandonando semejante especie de poesía *subjetiva*, quisieron á todo trance *objetivarse*, y pintaron una Edad Media tan falsa y artificial como la dorada Arcadia de los clasicistas, llenando sus composiciones de desatinos arqueológicos, que al cabo produjeron una saludable reaccion, en virtud de la cual fueron allanadas las góticas torres, los feudales castillos y los morunos alcázares en que sin oposicion dominaban invencibles y rendidos gañanes, damas altivas y discretas, con el indispensable cortejo de gigantes, enanos, fieles escuderos, quebradizas dueñas y princesas encantadas, fantasmas que no había logrado desterrar del todo la sátira de Cervantes. En la parte métrica fueron más grandes todavía los absurdos de los innovadores. Verdad es que resucitaron con nuevos bríos el majestuoso *alejandrino*, olvidado desde la Edad Media, y dieron nueva vida á los versos dodecasílabos ó de arte mayor, usados por Juan de Mena, y volvieron á manejar el romance como no se había manejado desde los áureos dias del siglo XVII; verdad es que inventaron nuevas combinaciones métricas, algunas ingeniosas y aceptables; pero tambien es cierto que incurrieron en imperdonables extravagancias, obstinándose en hacer versos de quince, trece, tres, dos y hasta *una* sílaba, imposibles unos y contrarios otros á la índole de la lengua, que emplearon con lastimosa profusion los finales agudos en el endecasílabo, con grave detrimento de los oídos castellanos, y que despues de haber rechazado las sextinas, los tercetos, las octavas y demas combinaciones antiguas, acabaron por formar ovillejos, laberintos y otras filigranas métricas que hubieran regocijado á Carameo ó á Rengifo, y poesías en forma de copa, de altar, de pirámide, etc., ante las cuales no son para recordadas la *Zampoña*, la *Segur* y otros primores de Simmio de Rodas, que de *difficiles nugæ* calificaron los criticos antiguos. Yo admiro la gallarda ostentacion de todo linaje de metros que hace Espronceda en *El Estudiante de Salamanca* y en el prólogo de *El Diablo Mundo*, poema á retazos feliz, pero harto desdichado en el conjunto; lo que lamento es que sus malhadados discípulos se dieran á imitar los salvajes aullidos de la *Cancion del Verdugo*, en que hasta el metro es sobremanera adecuado á lo repugnante y patibulario del asunto,

ó se empeñaran en desgarrar los oídos con versos semejantes á estos:

¿Oís? Es el cañon. Mi pecho hirviendo  
El cántico de guerra entonará,  
Y al eco ronco del cañon venciendo  
La lira del poeta sonará.

Afortunadamente aquella irrupcion pasó, dando lugar á un eclecticismo saludable que, trocándose luego en infructifero excepticismo, ha hecho que nuestra poesía lírica, sostenida por los individuales esfuerzos de algunos ingenios poderosos, viva hoy de *milagro*, como vulgarmente suele decirse. En la parte métrica han desaparecido todas las combinaciones inadmisibles, todos los metros extravagantes. Mas no por eso está cerrado el camino para la invencion de nuevas especies de versos, siempre que sean agradables al oído, único juez en estas materias. Un ejemplo de esta verdad nos ofrece el verso *laverdádico*, del cual nos proponemos tratar en estos apuntes.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

(Concluirá.)

UN NUEVO LIBRO

SOBRE LOS MONUMENTOS ÁRABES DE GRANADA

«GRANADA Y SUS MONUMENTOS ÁRABES,» POR D. JOSÉ Y D. MANUEL OLIVER HURTADO, INDIVIDUOS DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.—MÁLAGA, IMPRENTA DE M. OLIVER NAVARRO, 1875.

Hace unos cuantos años, M. Dugat, reputado arabista frances, reseñando el estado de los conocimientos orientales en Europa, decia: «En España son ventajosamente conocidos los serios trabajos del Sr. Gayangos sobre la historia de los árabes. Ha formado cierto número de discípulos, que se ocupan en estudiar el Oriente. Conviene citar tambien á los sabios Calderon, Alcober, E. Lafuente Alcántara, A. de los Rios, Fernandez y Gonzalez, J. Simonet, etc. Las relaciones de los españoles con Marruecos, donde tan preciosos manuscritos se encuentran, y los recursos que la misma España ofrece para las investigaciones arábicas, hacen esperar obras importantes (1).»

Esta esperanza del sabio colaborador de MM. Dozy, Krehl y Wrigth en la publicacion de *Almakari*, se ha visto plenamente confirmada, pues de entónces acá han tomado un intenso y progresivo desarrollo los trabajos y aficiones á la cultura musulmi-

(1) *Histoire des Orientalistes de l'Europe*, tomo I, pág. 44.

ca, que llenó durante toda la Edad Media los anales de nuestra patria.

En este renacimiento de los estudios arábigos, después de los apreciables trabajos de fines del siglo pasado y comienzos del presente, Gayangos, Estebané Calderon y A. de los Rios, con su ejemplo y sus calorosas exhortaciones, Moreno Nieto, Lafuente Alcántara, Simonet, Riaño, Eguilaz, Alcobér, Fernandez y Gonzalez, y García Ayuso, unas veces desde la cátedra universitaria, otras desde las del Ateneo, ora en libros y folletos, ya en artículos de periódicos, han preparado, al par que sus discípulos para la obra comun, la opinion pública para que comprenda y aplauda sus trabajos.

Legó E. Lafuente sus obras á nuestra admiracion y á la de la posteridad, bajando al sepulcro cuando su lozano ingenio y su poco comun erudicion ofrecíanle á España como una futura gloria. Fernandez y Gonzalez, después de su obra sobre los mudejares y de su traduccion de Aben-Adzari, ha escrito una serie de curiosos artículos acerca de la iconografía árabe y de otros varios objetos de igual origen. Eguilaz acaba de dar á la estampa un libro, si escaso en lectura, abundantísimo en sabrosa y sana doctrina, en el cual se propone acabar con esas diferencias de la trascripcion ortográfica del árabe al castellano, que desesperan y confunden á cuantos se ocupan de las cosas musulmanas (1). Codera y Zaidin ha publicado dos opúsculos y algunos artículos (2) sobre numismática arábigo-hispana, que son una garantía de éxito para el Manual de la misma que en la actualidad prepara; seguramente este arabista ha de conseguir, que así como Adler dijo de Lastanosa (3), que un español había revelado el valor de las medallas arábigas para el estudio de la Historia, la opinion del mundo sabio diga, refiriéndose á él, que otro español ha dado á luz la obra más acabada sobre numismática arábigo.

Los discípulos de tan buenos maestros comienzan á dar gallardas muestras de sus adelantos. R. de los Rios, siguiendo las huellas de Lafuente, ha presentado al público un libro sobre epigrafía árabe sevillana, y estudia al presente la de todo el Portugal y España (4). R. Contreras, que tan señalados servicios ha prestado al arte y aún á la dignidad nacional en la restauracion y conservacion del Alhambra, ha añadido á sus lauros de artista los de autor, editando un elocuente y por extremo curioso libro

(1) *Estudio sobre el valor de las letras arabigas en el alfabeto castellano y reglas de lectura.* Madrid, 1874.

(2) *Errores de varios numismáticos extranjeros al tratar de las monedas arábigo-españolas-Zecar arábigo-españolas.*

(3) Adler: *Museum Cypriacum Borgianum Velitris.* Romæ, 1782. Pars prima, pág. 1 y 2.

(4) *Inscripciones arabes de Sevilla.* Madrid, 1875.

sobre la cultura muslim, representada en sus monumentos de Córdoba, Sevilla y Granada (1).

Molesto sería si me detuviera á enumerar los artículos dados á luz en las revistas literarias y otras publicaciones acerca de la civilizacion hispano-musulmana, aunque creo que no debo dejar de citar los de Saavedra, Assas, Rada y A. de los Rios; este último se presenta, como en todas sus obras, infatigable propagandista de los estudios arábigos; Saavedra, al interpretar las leyendas agarenas de algunos anillos, se ha mostrado, por su conocimiento de las costumbres moras y por la sagacidad de la investigacion, digno del renombre que alcanzó Reinaud al traducir las piedras grabadas árabes, persas y turcas reunidas por el duque de Blacas.

En la actualidad, mi querido maestro D. Francisco Javier Simonet prepara la publicacion de sus dos laureadas obras referentes á la historia y lengua de los mozárabes; Riaño reúne los materiales de otra, que ha de ser curiosísima, sobre epigrafía cúfica, y Gayangos concurre á una edicion, que en Inglaterra se está haciendo, de la numismática oriental de Marsden, dedicando á la parte arábigo-hispana su profunda ciencia y experiencia (2).

Y no se han limitado nuestros compatriotas al estudio de la antigua cultura alarabe; un modesto franciscano, perpetuador de las glorias de su orden en la ciencia oriental, entre los enfadosos trabajos de su mision en tierra de infieles, con la vista fija en la honra y provecho de su patria ántes que en la propia loa y medro, ha presentado al fallo de la opinion una gramática del idioma hablado hoy en Marruecos. Mientras que la Argelia venia ofreciendo á los arabistas trabajos como los de Bresnier, Rousseau, Cherbonneau y tantos otros, bien pobres eran los que nosotros podiamos presentar sobre esas vecinas costas africanas, en las que España tendría valioso y legitimo influjo, sin nuestra indolencia y la de nuestros gobiernos, hermana gemela de la que aqueja á los magrebinos. El franciscano José de Lerchundi, aprovechando sus conocimientos en la lengua marroquí, ha escrito su Gramática para facilitar nuestras relaciones con aquel imperio, consiguiendo los plácemes de los orientalistas de las colonias francesas, y haciéndose acreedor á la gratitud y respeto de los españoles (3).

Entre este cuantioso número de publicaciones, que tan buen porvenir auguran á los estudios del árabe en España, acaba de presentarse una relativa á los monumentos islamitas de Granada. Hanla escrito los señores D. José y D. Manuel Oliver Hurtado, nu-

(1) *Estudio descriptivo de los monumentos arabes de Granada, Sevilla y Córdoba.* Granada, 1875.

(2) *Journal Asiatique.* Pág. 349. Año 1875.

(3) *Rudimentos del árabe vulgar que se habla en el imperio de Marruecos.* Madrid, 1872.

merarios de la Academia de la Historia, y autores ventajosisimamente conocidos por sus indagaciones sobre Munda, y por sus discursos sobre la monarquía pirenaica y sobre los periplos ibéricos: tambien entres lo orientalistas se habian recibido con estimacion sus opúsculos referentes, uno á la concordancia de Iliberis con las ruinas cercanas al Atarfe, y otro á fijar el campo de batalla donde Rodrigo perdiera cetro y vida.

Aficionado por extremo á los estudios arábigos, interesado por completo en su mayor desenvolvimiento dentro de nuestro país, propóngome en este artículo hacer un trabajo crítico y descriptivo de la nueva obra de los Oliveres: propóngome asimismo popularizarla, no sólo entre los eruditos, sino entre los que no lo sean, objeto que tambien ha guiado á sus autores al escribirla.—Lo complejo de las cuestiones históricas, de arqueología y artísticas que presenta haria interminable este trabajo, si hubiera de seguirlo en el desarrollo de sus importantes indagaciones, por lo cual me limitaré á condensar mis juicios, deteniéndome en lo que crea de cuenta, y dando mi parecer sobre el valor que, segun mi leal saber y entender, pueda concederse al nuevo libro.

## I.

Divídese la obra de los señores Oliver en dos partes, encerrando la primera un resumen de la historia musulmana de Granada, comprensiva la segunda de su topografía: ambas van seguidas de una serie de ilustraciones que abarcan las pruebas y documentos justificativos de las ideas comprendidas en el texto del libro.

Este se halla dedicado á la excelentísima señora doña Amalia Heredia, marquesa de Casa-Loring: el decidido amor que esta señora muestra por los estudios científicos, mayormente (como decia Cervantes al duque de Béjar) los que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo; la estimacion con que siempre honró á aquellos de entre sus compatriotas que descollaron en letras, y el generoso afan con que multiplicadas veces se prestó á salvar de la destruccion ó de rapaces manos extranjeras monumentos de incalculable valía, le han conseguido esas afectuosas dedicatorias con las que encabezaron sus obras Cánovas del Castillo y Rodriguez de Berlanga, y explican las calurosas frases de respetuosa adhesion que emplean los Oliveres en la suya.

Sigue á ella un prólogo, en el cual sus autores expresan el pensamiento que ha originado la obra, y satisfacen las exigencias de la moderna critica, enumerando las fuentes de conocimiento que les han servido para fundamentar sus opiniones. Presentar al lector las edificaciones hechas en Granada desde

que cae bajo el dominio alarbe, dar á conocer la capital de los Nazaries en los dias de su fastuosa grandeza, y seguir la vária fortuna de sus monumentos, es la idea que domina en toda la obra. Las fuentes de conocimiento comprenden cuantos datos han podido proporcionar á los autores nuestros más afamados orientalistas, cuantos han podido ofrecerles las obras referentes al asunto publicadas en España y en el extranjero.

En el prólogo sostienen los Oliveres algunas ideas que vienen á modificar otras antiguas, admitidas como irrefutables, desmentidas despues por la Historia, mientras que las suyas no han encontrado completa acogida, ni en el público, ni aún entre los mismos historiadores. Para ellos, el aborrecimiento de los cristianos españoles hácia sus compatriotas musulimes se extremó despues de la rebelion morisca y el menosprecio y olvido de sus artes, cuando la avasalladora influencia del Renacimiento dominó en nuestra Península. Despues de comprobar estas ideas con datos históricos, curiosos por lo poco conocidos, prueban cuán decidido fué el interes que los conquistadores mostraron por los edificios alarbes, cuya destruccion se debió, segun ellos, á las guerras civiles musulmanas y á la admiracion de los cristianos por las obras de la antigüedad clásica.

Pero aunque asiste innegable verdad en estas ideas, pareceme que sus mantenedores las exageran demasiado, al decir que se supone malamente ser encarnizada la aversion que existió entre ambas razas (1). Las relaciones que estas sostuvieron, las alianzas de principes, las confederaciones de ciudades y comarcas no justifican esta afirmacion; inestinguible aborrecimiento y mortales odios habia entre ambos pueblos; era imposible que las cruentas gazuas y las espantosas algaradas, los asaltos y las batallas, no infundieran en los espíritus de aquellos hombres una decidida aversion, que sólo la fuerza del interes ó los generosos sentimientos de la caballeridad y la cortesania pudieron algunas veces mitigar.

Entre aquellas muchedumbres fanáticas, despreciadoras unas de otras, contrarias en religion, en abolengo y en intereses, representantes de tradicionales agravios, bastaba sólo la apariencia de afecto al cristianismo para que hasta los lazos de la sangre se olvidaran y para justificar las más negras deslealtades: del pretexto de aficionado á los rúms se valieron los Benu Otsmen, como tantos otros, para asesinar á su soberano Mohammad IV. Y si á los cristianos nos atenemos, ¿habia algun sentimiento de benevolencia en aquellas acciones de los conquistadores, referidas por nuestros cronistas con lacónicas frases que ponen espanto en el ánimo

(1) Prólogo, pág. xii.

«omnes viros bellatores gladio interficit, ipsorumque civitates usque ad fundamenta destruxit»—«omnes arabes occupatores supradictarum civitatum interficiens»? ¿Había alguna idea de benevolencia también en aquellas espantosas talas y entradas de los últimos años de la reconquista, que con tan conmovedoras pinceladas nos retrata Bernaldez?

Las crueldades de la piratería magrebí, expresión de la venganza de los vencidos moros, son el emblema de los sentimientos que entre ambas razas existieron.

Parecía que la primera parte de la obra que me ocupa había de ser la que menos interesara, después de lo escrito por Miguel Lafuente, después de aquellas elocuentísimas páginas de su *Historia de Granada*, en las que al soplo de su imaginación surgían, como ante mágico conjuro, las generaciones pasadas, con toda la energía de la vida; pero aunque la intuición histórica, el sublime instinto de la verdad que poseía aquel lozano ingenio, salvóle de innumerables errores, de su obra á el día de hoy los orientalistas habían hecho dar á la Historia pasos de gigante, revelando multitud de ignorados hechos é iniciando otra multitud de cuestiones arqueológicas.

Puédese seguir, si no paso á paso, por los ménos á la continua, los anales de las comarcas granadinas: en la escena histórica se destacan, más en relieve que ántes, aquellos bereberes, árabes y judíos, aquellos mozárabes y muladies que ensangrentaron con sus perpétuas luchas la Vega y las colinas de Granada; comienzan en nuestros anales á esbozarse, más claramente que ántes, los caracteres de las razas almoravid y almohade, y á distinguirse los detalles de las insurrecciones que contra ellas mantuvieron los musulmanes españoles, eternos enemigos, como siempre lo fué España, del yugo extranjero; y, por último, háse penetrado en la mayor parte de los secretos de aquella dinastía Nazarí, cuya vida fué un drama perpétuo, y que desapareció de la tierra, rodeada de las simpatías que prestan el valor y el saber, la poesía de trágicos sucesos y la más encantadora poesía de la desventura.

Los Oliveres han hecho no poco interesante su resúmen histórico, aprovechando para escribirlo los descubrimientos de los arabistas, sin olvidar las antiguas obras cristianas y las modernamente descubiertas. Al comenzar por los orígenes de la ciudad, dándola por existente de antiguo en la Garnatha ó Villa de los judíos, colocan su situación por bajo de las Torres Bermejas; determinan después las edificaciones en la Alcazaba de la Alhambra de Sawar ven Hamdum y las sucesivas construcciones de los Ziritas en las Alcazabas á ella fronterizas.

Guiados por Aben Jaldun y Aben Aljatib, cuentan

la sucesión de los gobernadores almoravides, las influencias de los almohades, y á la vez que revelan los grados de su cultura, su engrandecimiento y decadencia, determinan los edificios que en Granada construyeron, sistema que siguen con los Benu Alahmar, en cuyos anales se detienen con evidente complacencia.

La historiografía moderna, excesivamente escrupulosa, poco tendrá que tachar esta parte de la obra, por la fidelidad y esmero que en ella presiden; sin embargo, habiendo de conformarme con mi papel de crítico, mostrando algún lado vulnerable de los que tan fuertes se muestran en historias, diréles que las noticias por ellos dadas sobre la expedición de las tropas de Badis y las hammudies malagueñas, comandadas por Aben Bacanna, que produjo la derrota y muerte de Ismael, príncipe Abbadí sevillano, no las hallo conformes con el relato que de ella hacen autores de nota. Suponen los Oliveres estratagemas que no existieron, según aquellos, las cuales se dan como causa de la victoria conseguida, habiéndose debido ésta al valor, ó quizá más bien á la fortuna de los coaligados (1).

## II.

La segunda parte, denominada *Topografía*, es la predilecta de sus autores y la más importante de la obra. Comiénzanla determinando el emplazamiento de la antigua Garnatha y las sucesivas poblaciones que vinieron á constituir la nueva. Distinguen á Iliberis de Granada, colocando á la primera en las ruinas que se ven junto al Atarfe al pié de Sierra Elvira, y asignando á la segunda, como ya lo habían hecho, la pendiente de la colina defendida por las torres Bermejas. Ponen en la Alcazaba de Alhambra el castillo, edificado por Sawar ben Hamdun, para defenderse de los mozárabes y muladies, indicando que fué esta fortaleza reconstruida en tiempo de los Nazaritas. Al castillo de Hiznarroman reducen el Castilla de Aben Aljatib, Castala ó Gacela de otros autores, que fué, á no dudar, un fuerte romano; opinión que se halla confirmada por Eguilaz al sostener que la puerta de aquel nombre se denominó entre los árabes Caxtar. Este castillo, en opinión de los dos eruditos Oliver, fué el núcleo de la Alcazaba Cadima, fundada por Habus Ben Makasen, como ésta lo fué de la nueva ó Gidida, que se debió á Badis ben Habus el Ziri.

En esta forma siguen enumerando los diferentes barrios que las diversas gentes venidas á Granada formaron dentro de ella, haciéndola aparecer como las agrupaciones de granos que contiene el fruto de su nombre, y cuyos alcázares y cármenes inspiraron

(1) Pag. 28 del texto. Véase Dozy: *Hist. des Mus.*, tomo IV, página 50 y siguientes.

á un poeta muslim la bellísima comparacion de que era cual una copa de plata colmada de piedras preciosas.

Despues de hecha la descripcion de la ciudad y de seguir el círculo de sus muros, enumerando sus puertas, determinando su posicion y describiendo las existentes, pasan á tratar del Alhambra, que dividen en tres partes: Alhisan, que colocan en la Alcazaba de la misma; Medinat Alhamra, antigua poblacion que existió dentro del ámbito de sus actuales muros, y Alcázar Alhamra, ó sea el Palacio. La edificacion de éste la atribuyen á Abul Walid Ismael, á Abul Hachach, y Mohammad V, conforme á lo que resulta de las inscripciones que el alcázar contiene. Por lo tanto, esta edificacion debió verificarse durante el siglo XIV. Girault de Prangey, el autor extranjero que con mayor exactitud ha comprendido la disposicion del Alhambra, fija entre 1354 y 1391 la época de la colocacion en ella de sus más ricos adornos (1).

Ofrecen á seguida los Oliveres una division del palacio, fundada en las costumbres del Oriente y en las mantenidas por los agarenos en África, en los datos del archivo, en las descripciones del tiempo de la Reconquista y en la topografia del Alcázar.

Indicando como caracteres distintivos de la edificacion musulmana su falta de aparato al exterior y de simetría interior y general del edificio, colocan la entrada del palacio en la puerta modernamente descubierta, bajo las habitaciones del gobernador de la fortaleza. Segun nuestros autores, penetrábase por ella en los *Mexuares*, lugar de administrar justicia y de conferenciar el Sultan con sus ministros sobre los asuntos públicos; la otra parte del alcázar, conocida por *Cuarto de Comáres*, constituía el Serrallo, residencia oficial del Monarca; y la tercera, que los cristianos denominaron *Cuarto de los Leones*, constituía el *Harem* ó habitaciones de las mujeres y familia del soberano. Los baños pueden considerarse como unas dependencias intermedias entre el Serrallo y el Harem.

Convienen los Oliveres con la opinion de algunos autores, que sostenian la existencia en el alcázar de dos partes, destinada la una á habitaciones de invierno, la otra para verano, colocando esta al Norte y aquella al Mediodía, algo de la cual fué derruida para levantar la pesada mole del palacio de Carlos V.

Concluida la descripcion de la *Casa Real*, dedican dos capítulos á las curiosas pinturas que existen en algunas salas ó tárbeas del patio de los Leones, tratando primero de la que erradamente se llama hoy Sala del Tribunal, y que desde la Reconquista y siglos posteriores se denominó *Sala de los Reyes*

*moros*. Los Oliveres reseñan estas pinturas, detallando cada uno de los personajes que las constituyen: Contreras, al estudiarlas, habia afirmado que representaban un Mexuar ó Consejo Real; Eguilaz, en un erudito y curiosísimo artículo critico referente á la obra del restaurador de la Alhambra (1), sostiene que aquellas figuras no representan un *mexuar*, por no verse en él ni al soberano, ni el lugar eminente que éste debia ocupar; tampoco los cree retratos de Reyes, pues el color característico de los Nazaríes era el rojo, y solo uno de los personajes viste este color. Los Oliveres, ateniéndose á la tradicion antigua, corrobóranla afirmando que los escudos heráldicos de los Alahmares que se ven en los extremos de la cúpula, donde se hallan los retratos, son la designacion más cumplida de la dignidad real y de la familia á que estos pertenecen.

Pero si curioso es este capítulo, eslo mucho más el siguiente, en el que se ocupan de las pinturas contenidas en los techos de los camarines laterales á la sala de los Reyes. Mucho se ha disertado sobre la significacion y origen de estas pinturas; para los Oliveres las extrañas representaciones dibujadas en ellas se refieren á escenas de las fiestas celebradas en la jura del heredero de Mohammad V, y su autor perteneció á la escuela de los *giottescos*, ó sea á la de los discípulos é imitadores del Giotto, que dominaron en Italia durante el siglo XIV.

Para fundamentar esta opinion, sus autores hacen comparaciones acertadísimas entre la indumentaria, armas, arquitectura y usos que expresan las pinturas de la Alhambra, con las de otros países de Europa durante el siglo XIV, y especialmente con las de Florencia, Venecia, Pisa y Sena, que ellos mismos tuvieron ocasion de observar en el viaje que hicieron á Italia. Con esto presentan datos tan irrecusables y razonamientos tan ajustados á los cánones de la sana critica, que no creo puedan ser combatidos ventajosamente.

A la vez que los sostienen, apuntan la idea de que las pinturas del alcázar granadino quizá se deban á un giottesco, Gerardo Starnina, que estuvo en la corte de D. Juan el 1.º; en el epitafio de este pintor dicese que dejó sus obras en *ambas Españas*, refiriéndose probablemente con estas palabras á la cristiana y la muslim.

Los dos últimos capítulos de la obra están destinados á la enumeracion y recuerdo de los monumentos alarbes esparcidos en los alrededores y ámbito de la Alhambra y del resto de Granada, acompañándoles un precioso artículo de D. Manuel Gomez Moreno, pintor de nota y secretario de la comision de monumentos granadina, sobre las casas particu-

(1) *Essai sur l'architecture des arabes et des mores en Espagne*, pág. 125.

(1) Estos artículos han sido publicados en *La Lealtad*, diario granadino. 27 de Ag. y sig. de 1875.

lares moras, artículo que revela profundo conocimiento de su objeto, gallarda imaginación y entusiasmo por esta clase de estudios.

A continuación de esta *Segunda Parte* van las *Ilustraciones*, dedicándose la primera á fijar la concordancia de Iliberis. Reñida es la contienda que de años á esta parte mantienen los arqueólogos sobre esta concordancia: quién la coloca junto al Atarfe; quién la identifica con Granada, poniéndola en la Alcazaba Cadima, y no faltan algunos que la llevan á varios lugares. Nombres ilustres median de una y otra parte, decidiéndose los Oliveres por el Atarfe. Ni aceptaré por innegables las razones de gran peso que se les ocurren, ni rechazaré sus consecuencias: uno de nuestros eruditos, que goza de alto renombre en la república de las letras, y á quien por extremo respeto y estimo, el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, en ocasión solemne, ha prometido dar su parecer sobre cuestión tan debatida. Y cuando los padres graves de la ciencia discuten, bueno será que los que somos sus discípulos escuchemos atentamente y no nos adelantemos á dar nuestro parecer en materias tan áridas y espinosas.

¡Quiera la divina Providencia que, después de tanto discutir, después de mostrar admirable erudición y ciencia, no le pase á Iliberis lo de Munda! Que se acabe tras de múltiples y seculares discusiones por donde se empezó; es decir, por no saber en dónde estuvo.

Con respecto á las demás *Ilustraciones*, preséntanse en ellas documentos del archivo de la Alhambra y una reproducción de trozos de obras muy raras, que ofrecen apreciables datos para el arte y la historia.

Cierran la obra la noticia de algunos descubrimientos últimamente hechos en Sierra Elvira, un plano de las ruinas que á sus piés se encuentran, otro del circuito de Granada, y un tercero del Palacio árabe, con la explicación por números de todos ellos.

### III.

Es, según yo creo, el libro de los Sres. Oliver uno de los más estimables, entre los referentes á la civilización árabe, publicados en nuestros días:

Sin riesgo de que se me tache de apasionado, antes bien creyendo que la opinión general vendrá á justificar la modesta opinión mía, estimo esta obra como modelo digno de ser imitado por cuantos se ocupan en los estudios históricos y arqueológicos. Tal es el esmero, la erudición y la probidad literaria que encierra. No se hallará en sus páginas opinión alguna que no se cimente en datos ciertos ó en razones indiscutibles; no se encontrará en ellas idea emitida á la ligera, ni sin pleno cono-

cimiento de causa; en ellas no se verá tampoco el pueril afán de aparecer como sabios, sino el nobilísimo propósito de investigar, establecer y propagar la verdad.

Muestran los Oliver en sus descripciones una exactitud que podría llamarse fotográfica; el detalle más insignificante, como cumpla á su objeto, no les pasa desapercibido; examinan y estudian lo que retratan con una minuciosidad escrupulosa y con un espíritu de indagación digno de envidia. Que su libro ha de llamar la atención por erudito, excusado es decirlo para los que conozcan á sus autores por sus pasados trabajos: la epigrafía, indumentaria, numismática y todas las ramas de la arqueología, los manuscritos árabes y las crónicas cristianas, con los libros modernamente descubiertos ó en la actualidad escritos que se refieren á sus trabajos, han sido por ellos perfectamente aprovechados. Difícilmente se les podrá citar alguno que no haya sido registrado por ellos.

Pero lo que principalmente constituye el valor de este libro es la exquisita probidad literaria que en él domina: lo que los Oliver afirman, si es un dato histórico, seguramente lo han tocado por sí mismos en la piedra de la más imparcial y juiciosa crítica; si es un monumento, puede estar seguro el lector que los que ante sus ojos lo trazan lo han visto, y no de pasada, sino en una y mil ocasiones, bajo todas sus fases y aspectos.

Muchas veces adivinará el lector que se han esforzado por encerrarse en su objeto, por más que se les hayan ofrecido curiosas y savorisimas digresiones; cuando enteramente no han podido evitarlas, las han relegado á notas, tan dignas de ser leídas como el texto: así sucede con las referentes á las columnas de Hércules (1), con la del puente de la Plaza Nueva de Granada (2), con la relativa á la puerta de los Siete Suelos (3), con la del retablo de la Capilla de los Reyes (4) y con la de las pinturas del Mirador de la Reina (5).

¿Es esto decir que el modelo que presento sea acabado y perfecto? De ningún modo. Fuera de los defectos inherentes á toda empresa humana, la obra *Granada y sus monumentos árabes* tiene además otros, entre los cuales me fijaré en el más importante.

Pero antes permitanme mis amigos que me duela, porque en su libro no han multiplicado sus quejas y llamado repetidamente la atención de nuestro país y de sus gobiernos sobre la decadencia y ruina del Alcázar cuya posesión honra tanto á España. Á la

(1) Pág. 8, nota 2.

(2) Pág. 196, nota 1.

(3) Pág. 210, nota 5.

(4) Pág. 246, nota 1.

(5) Pág. 296, nota 1.

dignidad y decoro de ésta toca que los extranjeros no se admiren de su tristísimo estado y de que los españoles no oigamos, con el rubor en la frente y la vergüenza en el corazón, las lástimas que les inspiran aquellos escombros. Entre nuestras estériles discordias políticas, como entre el estruendo de deshecho vendaval, quizá no se escuche el grito de indignación que en cualquier hidalgo pecho levanta el mezquino descuido con que se tiene un tesoro que parece no merecemos poseer; pero si ese grito halla potente eco en la opinión nacional, seguramente que se hará incontrastable y obligará á quien corresponda á cumplir con su deber.

Para mí, y quizá para muchos no lo sea, el principal defecto de la obra de mis paisanos consiste en el estilo; éste es puro y castizo, pero tan sobrio y austero, que á las veces degenera en seco y árido: comprendo que el corto espacio de que disponían vedábales hermosearlo; pero, á decir verdad, el lector hubiera aceptado con gusto unas cuantas páginas más á trueque de más amena lectura. Quizá me lleve á razonar así la necesidad que sentimos los meridionales de que los alardes de la imaginación desarruguen el ceño á las concepciones del ingenio: comprendo á la historia como una musa, no como una Sibila; por esto compadezco á mis amigos al verles hacer esfuerzos inauditos por contener la lozanía de su estilo é impedir que se desbordara la poesía que inspiran los anales y los monumentos granadinos.

Y por cierto que nadie les hubiera reprochado lo contrario; es imposible dejar de sentirse poeta en las cámaras de los alcázares moros, ante las delicias de sus cármes y las melancólicas ruinas de sus fortalezas; es imposible que la imaginación no se inflame al discurrir por entre las columnas del patio de los Leones ó al pasar bajo las alamedas de Alhambra, embalsamadas por los perfumes de sus silvestres flores, animadas por el murmullo de sus aguas corrientes; imposible es, desde la Vela ó Generalife, contemplar á lo lejos la vieja ciudad de los Nazaries, las delicias de las hondonadas del Darro, y más allá la extensa vega, en cuyo fondo se destacan las augustas siluetas de Sierra-Nevada, sin que se sienta la imaginación inspirada é interesado el corazón por el recuerdo de aquellos hombres que colocaron tantas maravillas en tan espléndido teatro.

Málaga, 25 Setiembre 1875.

F. GUILLEN ROBLES.

## LAS OBRAS PÚBLICAS

EN LA ANTIGÜEDAD Y EN NUESTROS DIAS.

(Conclusion.)

El siglo X vió empezar en Europa una gran época de construcción que se prolonga hasta el XIII. Entonces se alzaron los grandes monumentos religiosos, tan notables por su atrevimiento como por su carácter artístico. Pero las catedrales y monasterios son casi las únicas obras de esta época, y los trabajos de arte propiamente dichos, que tocan más de cerca á la ciencia del ingeniero, no recibieron entonces impulso más que en Italia.

En los siglos XII y XIII, al mismo tiempo que renacían en las repúblicas italianas las artes y las ciencias, se emprendían importantes trabajos para mejorar los ríos y puertos de aquella península. En 1481 se inventaron las esclusas; unas de las primeras de que hace mención la historia, las construyó Leonardo de Vinci, que hubiese dejado fama de hábil ingeniero, si no hubiese tenido títulos más artísticos aún á la admiración de la posteridad.

En la misma época emprendíanse con gran vigor en la India considerables trabajos de irrigación, y cítase más de un emperador por las obras de este género que hizo ejecutar. Si hemos de dar crédito al testimonio de algunos indígenas, es verdaderamente sorprendente el número de trabajos hidráulicos emprendidos por ciertos soberanos en aquella época. La tradición refiere que un rey que gobernaba Orissa, en el siglo XII, hizo construir un millón de depósitos de agua, sesenta templos y otros diversos trabajos.

En la India, los frecuentes desbordamientos de los grandes ríos y las sequías periódicas que hacían indispensable la irrigación, hicieron emprender desde época muy lejana grandes trabajos para mejorar las tierras; pero como estos trabajos han sido conservados hasta hoy por los sucesivos dueños del país, mogoles y mahometanos, es muy difícil reconocer la fecha de su creación.

Los trabajos de irrigación fueron los primeros que ejecutaron los pueblos menos civilizados en todas las regiones del mundo. Hasta en la Australia, cuyos habitantes se encuentran, por decirlo así, en el último grado de la humanidad, se han encontrado vestigios de trabajos de irrigación; pero estos trabajos parece que demuestran que los habitantes de aquel país estuvieron más civilizados en otra época que en la actualidad. En las islas Feejee, esa nueva posesión inglesa, los indígenas ejecutan algunos trabajos de irrigación; habiendo realizado

\* Véase el número anterior, pág. 546.

uno de un orden superior, un canal de tres kilómetros de largo y 20 metros de ancho para abreviar el camino de sus canoas. Los indígenas de Nueva Caledonia saben ejecutar hábiles trabajos de irrigación para sus campos. En el Perú sobresalen los incas en la irrigación y en otros trabajos de grande utilidad, construyendo admirables conductos subterráneos de mampostería para aumentar la fertilidad de sus tierras.

Frecuentemente es más fácil llevar aguas á donde son necesarias que impedirles invadan los parajes donde pueden perjudicar y hasta causar desastres. Hace muchos siglos que la existencia de gran parte de Holanda depende de la habilidad de sus habitantes. Ignoramos en qué época empezó el hombre á disputar al mar la posesion de aquel territorio, pero es cosa segura que en el siglo XII existian diques para contener al Océano en su lecho. Á medida que la prosperidad de su país aumentaba con su comercio y que la tierra era más preciosa y necesaria á sus habitantes, que cada día eran más numerosos, se emprendian nuevos trabajos. Rechazábase el mar, abriábase canales y se inventaban máquinas de desecamiento. A los conocimientos prácticos de los holandeses, creados por ellos, debemos una parte de nuestros conocimientos actuales en el arte de construir diques, desecar pantanos y abrir canales. El canal del Norte de Holanda ha sido el canal navegable del mundo más grande hasta la apertura del istmo de Suez, y los holandeses terminaron muy pronto su canal marítimo desde Amsterdam al mar del Norte, que, si bien más corto que el de Suez, será tan ancho y profundo como éste, y tal vez exija trabajos de arte más importantes. Inglaterra debe á ingenieros holandeses la ejecución de muchos de sus trabajos hidráulicos. Los holandeses, entre los que debemos citar á Sir Cornelius Vermuyden, antiguo soldado de la guerra de treinta años y coronel de caballería bajo Cronwel, desecaron en el siglo XVIII las grandes lagunas de las comarcas del Este.

Mientras los holandeses adquirian en su lucha contra el agua una experiencia de que Inglaterra se aprovechaba á su vez, los desastres causados por el desbordamiento de los rios de Italia que descienden de los Alpes daban nueva importancia á la ciencia hidráulica. Llamóse para dirigir los trabajos necesarios á algunos de los grandes sabios del siglo XVII, entre ellos á Torricelli, discípulo de Galileo; y aquellos sabios no se limitaron á ejecutar obras de protección, sino que estudiaron á fondo las condiciones del reposo y movimiento de los líquidos, y dieron al mundo una serie de escritos preciosos sobre hidráulica y los trabajos relacionados con ella, escritos que aún sirven de base á lo que nosotros sabemos sobre esta materia.

A sabios franceses é italianos se deben algunos de los mejores tratados sobre el arte del ingeniero, compuestos ántes del presente siglo. Los escritos de Belidor, capitán de artillería francesa en el siglo XVII, que no se limitan á asuntos puramente militares, fueron los primeros que llamaron la atención sobre estas cuestiones. Poco despues se creó el cuerpo de Puentes y Calzadas, que despues proporcionó larga serie de ingenieros especiales.

Dado el impulso, á principios del siglo XVIII, á la construcción de caminos, pronto se comunicó á los canales y á los medios de facilitar el transporte de hombres y de mercancías en general. El empleo de *tramvías* para las minas se remonta, por lo ménos, á la mitad del siglo XVII; pero los rails que usaban eran de madera. Dícese que los primeros rails de hierro se usaron en Inglaterra en 1738, extendiéndose despues, y poco á poco su empleo, y haciéndose general en todos los distritos mineros.

A principios del siglo XIX todos los grandes puertos de Inglaterra estaban reunidos por un sistema de canales: pronto se agrandaron los puertos para satisfacer las nuevas necesidades del comercio, aumentado por el mejoramiento de los medios de comunicación en el interior. La mayor parte de estos trabajos se debieron á los grandes ingenieros Brindley y Smeaton, Telford y Rennie.

Pero era necesario que la máquina de vapor, perfeccionada y casi creada por el ilustre Watt, adquiriese toda su potencia para que los grandes trabajos de aquella época fuesen posibles ó necesarios. Esta máquina no dió al hombre una facultad nueva, pero le suministró una fuerza con la cual casi nada hay que no pueda emprender.

En casi todas partes reemplazaron las máquinas de vapor á los molinos de viento, los de agua y los motores de sangre. La profundidad de las minas, de tan difícil acceso ántes, fueron asequibles sin trabajo y con economía. Lagos y pantanos que sin la máquina de vapor hubiesen permanecido improductivos, fueron desecados y cultivados.

Pero mientras Watt conquistaba una gloria universal y bien merecida, se han olvidado frecuentemente los nombres de los que nos permiten utilizar la fuerza de las máquinas de vapor. La mayor parte del género humano ni siquiera conoce sus inventos, realizados en su gabinete ó en la fábrica, y siempre en el aislamiento; y en la mayor parte de los casos, estos silenciosos trabajadores no quieren llamar la atención del público. Además, las fábricas no son sitios donde el público pasea. ¡Cuánto han debido velar y meditar los inventores de estas máquinas! ¡Cuántas veces habrán tenido que renunciar á un movimiento, por largo tiempo buscado, por una combinación mejor! ¡Qué de genio, qué de pa-

ciencia, qué indomable perseverancia han necesitado para triunfar!

Las máquinas destinadas á la fabricacion de tejidos exigen quizá más genio creador que las empleadas en otras industrias. El desarrollo de las industrias de tejidos se verificó muy tarde en Europa. Hace muchísimo tiempo que se llevan en China telas de seda, y hace dos mil trescientos años que dejó Confucio en sus libros reglas minuciosas para la produccion y trabajo de la seda, y, sin embargo, esta tela se vendia casi á peso de oro en Europa en tiempo de Aureliano, y la emperatriz, su esposa, tuvo que renunciar al lujo de tener un traje de seda porque hubiese costado demasiado caro. En 522 se llevó de China á Constantinopla el arte de fabricar la seda. De Constantinopla y de Italia, este arte se propagó poco á poco por Occidente, no estableciéndose en Francia hasta el siglo XVI, y más tarde aún en Inglaterra. Refiérese que Jacobo V, rey de Escocia, pidió prestado al conde de Mar un calzon de seda, para no presentarse, segun decia, como un marmiton ante los extranjeros llegados á su corte.

Las telas de algodón, cuya fabricacion en la India precede á los tiempos históricos, solamente habia llegado á Persia y á Egipto hácia la época de la era cristiana. En el siglo X encontramos establecida en España la fabricacion; en el XIV producía también Italia telas de algodón, y solamente en la segunda mitad del XVII vese establecerse esta fabricacion en Manchester, que hoy es su centro principal.

Los antiguos egipcios usaban telas de lino, y algunos tejidos del género de los que envuelven sus momias, que exceden en finura á todas las telas de los tiempos modernos. Los babilonios usaban también lino y lana, y la belleza de las telas que fabricaban era celebrada por todos los países de la antigüedad.

En cierta época, en Inglaterra, solamente se vestían de lana. La seda fué la primera que le hizo competencia; pero era demasiado cara para la generalidad.

No era fácil cosa en el pasado siglo introducir en Europa una tela nueva ó una máquina perfeccionada. Inventores y bienhechores arriesgaban igualmente la vida. La introduccion en Inglaterra de los algodones de la India y de los tejidos de Holanda produjo vivos clamores á principios del siglo XVIII.

Hasta 1738, fecha de los primeros perfeccionamientos en las máquinas de hilar, todas las hebras de lana ó de algodón empleadas en Europa estaban hiladas á mano. En 1738 imaginó Watt sustituir rodets á los dedos humanos, y Arkwright perfeccionó su invencion.

En 1770 obtuvo Hargreaves un privilegio por la máquina hiladora llamada Jenny, y Crompton para otra en 1774; esta última reunía las ventajas de la

inventada por Hargreaves y de la de Arkwright; un siglo despues de los trabajos de Watt, trabajaban en Manchester mulas dobles con más de 2.000 bobinas.

Más pronto empezaron los perfeccionamientos de las fábricas de tejer. Dicese que en 1579 se inventó en Dantzick una fábrica de cintas, que podía tejer á la vez de cuatro á seis piezas diferentes; pero los obreros destruyeron la máquina y mataron al inventor. En 1800 se introdujo el ingenioso telar de Jacquard, en el que una simple operacion mecánica hace mover los hilos que forman el dibujo del tejido. Pero el descubrimiento más importante en el arte de los tejidos débese á Cartwright: su telar permite sustituir el vapor al trabajo del hombre y con él puede un niño hacer tanto trabajo como quince hombres á mano.

Pocas máquinas hay tan complicadas como las que sirven para tejer el encaje. En 1768 ensayó Hamond aplicar el telar de medias á esta fabricacion, que hasta entónces se habia ejecutado á mano; pero estaba reservado á John Heathcoat concluir la trasformacion en 1809 y producir una revolucion en este ramo de la industria, reduciendo el precio de los productos á la cuarta parte del que tenían ántes.

La mayor parte de estas ingeniosas máquinas estaban en uso ántes de que Watt diese al mundo una nueva fuerza con su máquina de vapor, y aún cuando ésta no se hubiese perfeccionado jamás, la primera habria bastado para acrecentar enormemente la potencia productora del género humano. Muchas máquinas tenían motores hidráulicos; en la primera filatura de seda establecida en Derby, en 1738, una sola rueda hidráulica producía 318 millones de metros de hilo de seda al dia.

Nuestra época es más favorable para los inventores, porque la concurrencia de los fabricantes no deja dormir ninguna invencion buena. Lo que las antiguas máquinas desechaban, las nuevas lo convierten en útiles tejidos. De todas las partes del mundo llegan nuevas materias primeras—de la India el jute, de Nueva-Zelanda el lino—y otras muchas que exigen la modificacion de las antiguas máquinas ó nuevos aparatos para utilizarlas. Faltariame el tiempo si quisiese enumerar la décima parte de esas maravillosas combinaciones del genio mecánico; y es verdaderamente imposible apreciar el trabajo y el esfuerzo que se ha necesitado para producir las, sin haberlas visto en la obra.

Mejor conocidos de todos son los barcos de vapor, el telégrafo eléctrico y ferro-carriles, y cada cual puede darse cuenta de los mejoramientos introducidos en ellos en una sola generacion.

Apénas hace cuarenta años que uno de nuestros primeros sabios declaraba en el congreso de esta Asociacion que jamás cruzaría el Atlántico un barco

de vapor. Fundaba su opinion en la imposibilidad que existía, segun él, de que el barco llevase carbon suficiente para la travesía, dejando el espacio necesario para la carga. Y, sin embargo, poco tiempo despues, el *Sirius* atravesaba en diez y siete dias la distancia entre Bristol y New-York (1); siguióle poco despues el *Great-Western*, que fué á Inglaterra en trece dias y medio: desde entónces quedó inaugurada la navegacion á vapor. Como la mayor parte de los inventos importantes, el buque de vapor existió mucho tiempo ántes de recibir una forma que hiciese provechoso su empleo, y áun entónces hubo que triunfar de las objeciones de los comerciantes y de los sabios.

Entre los que contribuyeron á los primeros progresos de los buques de vapor, merece citarse en primer lugar á Patrick Miller, quien, ayudado por el ingeniero Simington y por Taylor, preceptor de sus hijos, construyó un barquito de vapor. Poco tiempo despues, lord Dundas, que había reconocido la eficacia del vapor como agente propulsor para los buques, hizo construir el primer barco de vapor verdaderamente práctico, con intencion de servirse de él en el canal de Forth y de la Cleyde. Pero los propietarios del canal se negaron á recibirlo, y el barco quedó inútil. Otra tentativa para utilizarlo fracasó por la muerte del duque de Bridgewater, cuyo penetrante espíritu había reconocido igualmente la eficacia del vapor como fuerza motriz para los buques, y había resuelto introducir los barcos de vapor en el canal que lleva su nombre.

Desde el primer viaje del *Sirius* ha aumentado muchísimo el número de buques de vapor. En 1814, el Reino-Unido solamente poseía dos barcos de vapor, que podían cargar entre los dos 450 toneladas; en 1872 contábanse 3.662 buques de vapor, de cabida de un millon y medio de toneladas, casi la mitad del tonelaje de los buques de vapor del mundo entero, que en esta época no era mayor de tres millones.

De la misma manera que ha crecido extraordinariamente el número de buques de vapor, así tambien han aumentado sus dimensiones, hasta que Brunel construyó ese coloso que se llama el *Great-Eastern*.

Verdadero triunfo del arte del ingeniero naval, el *Great-Eastern* no tuvo tanto éxito bajo el punto de vista comercial. Aquí, como en otros muchos problemas de construccion, la cuestion no era de la magnitud á que se podía llegar, sino de la magnitud provechosa.

Si hemós avanzado bastante con relacion á las dimensiones, queda mucho que hacer aún para per-

feccionar la forma de los buques, bien sean para marchar á vela, bien á vapor. Hace muchos años ya que un distinguido miembro de esta Asociacion, M. Fronde, se ocupa en determinar la forma del buque que oponga ménos resistencia al agua. Todos los que se ven obligados á viajar por mar no dejarán de agradecer sus desvelos á M. Fronde, puesto que tienden á disminuir la duracion de las travesías marítimas, y más aún si triunfa en otra parte de sus investigaciones, la referente á los balances, cuyo resultado será disminuir los sufrimientos de los pasajeros. M. Bessemer acaba de realizar una tentativa atrevida en este sentido: los hechos demostrarán si ha triunfado. Pero suceda lo que quiera, él y cuantos le han ayudado merecen nuestros elogios, porque su ensayo aumentará necesariamente nuestros conocimientos.

Cuestion capital es para un buque de vapor la economía de combustible, puesto que cada tonelada de éste ocupa una cantidad equivalente de mercancías.

A medida que se perfeccione la forma del casco, se necesitará ménos combustible, es decir, ménos combustible para hacer atravesar á los buques una distancia determinada. Por grandes progresos que se hayan hecho en este sentido, aún queda mucho por hacer. Al fin empieza á usarse la máquina inventada por Wolf, aunque introduciendo en ella algunas modificaciones. Miéntas que en otro tiempo, para buques como el *Himalaya*, era necesario consumir de dos á tres kilogramos de combustible por caballo de vapor de fuerza efectiva, en los nuevos buques, y aprovechando la expansion del vapor, solamente se consume un kilogramo. Y, sin embargo, si se compara este resultado con la fuerza real que representa un kilogramo de carbon, veráse que no se obtiene aún la décima parte que esta cantidad debería dar, segun la teoría (1).

Vivimos en una época en que se han hecho grandes descubrimientos y en que se adoptan en cuanto tienen algunas probabilidades de ser útiles.

En otro tiempo las invenciones se adelantaban frecuentemente á la época y necesitaban esperar tiempos más felices. Muy pocos podían aprovechar el bien que se les ofrecía, y la riqueza general no era bastante grande para que pudiesen permitirse lanzarse á empresas cuyos principios son siempre más ó ménos especulativos.

Uno de los ejemplos más notables de la aplicacion rápida de una idea científica ha sido la adopcion y propagacion del telégrafo eléctrico. Los que leían la carta de d'Odiet escrita en 1773, en la que exponía la idea de un telégrafo que permitiría á los habitantes de Europa hablar con el emperador del

(1) Este buque de vapor atravesó el Atlántico sin usar la vela en 1838.

(1) La relacion exacta de la fuerza real obtenida y la fuerza indicada por la teoría, es 11,2.

Mogol, no sospechaban seguramente que, ménos de un siglo despues, seria realmente posible una conversacion entre dos puntos tan separados. Y los que al año siguiente vieron á Lesage enviar despachos de una habitacion á otra en presencia de Federico el Grande, quizá imaginaban ménos aún que tenían delante el gérmen de uno de los inventos más extraordinarios que ilustrarán nuestra época.

No os fatigaré haciéndoos seguir todas las fases por que ha pasado la telegrafia eléctrica de nuestra época hasta llegar á su perfeccion actual. Pocos años han pasado en nuestro siglo sin que entrasen en liza nuevos trabajadores: unos querian utilizar la nueva potencia en favor del género humano, otros se proponian estudiar el magnetismo y los fenómenos eléctricos como problemas científicos sin resolucion aún. Galvani, Volta, Oersted, Arago, Sturgeon y Faraday han llegado con sus trabajos á hacer conocer los elementos que han permitido construir el telégrafo eléctrico. Con la pila, la bobina de induccion y el electro-iman estaban completos los elementos, y sólo restaba á sir Charles Wheatstone y á sus colaboradores combinarlos de una manera práctica. Los inventos de Alexandre, de Steinheil y los que se parecen al de sir Charles Wheatstone se publicaron poco despues, en el mismo año, año eternamente memorable en los anales de la telegrafia.

En 1838 se construyó el primer telégrafo práctico en el ferro-carril de Blackwall, sirviéndose de los aparatos de los Sres. Wheatstone y Cooke, y desde aquel momento fueron tan rápidos los progresos del telégrafo eléctrico, que la longitud actual de las líneas en actividad en las diferentes partes del mundo, comprendiendo los cables submarinos, no baja de 640.000 kilómetros.

Entre los numerosos inventos de los últimos años, citaremos el telégrafo automático de M. Alexandre Bain, el de M. Siemens y el de sir Charles Wheatstone. El aparato de M. Bain se emplea principalmente en los Estados-Unidos; el de M. Siemens en Alemania. En Inglaterra empléase principalmente el aparato inventado por sir Charles Wheatstone, que tantos servicios ha prestado á la telegrafia. Con este aparato la comunicacion se recorta primeramente en una cinta de papel por una máquina, segun un sistema análogo al de puntos y rayas de Morse, y en seguida este papel determina en otra máquina las corrientes necesarias para transmitir el despacho por el hilo telegráfico. Con el aparato de Wheatstone se evitan los errores inseparables de la manipulacion ordinaria, y, cosa más importante aún bajo el punto de vista comercial, se disminuye considerablemente el tiempo que el despacho ha de ocupar el hilo telegráfico.

La aplicacion de los sistemas automáticos á la

telegrafia ha acelerado maravillosamente la rapidez de la trasmision, de manera que se ha llegado á hacer pasar doscientas palabras por minuto, lo cual es más rápido que la estenografia; en fin, en los hilos aéreos, las palabras se transmiten con demasiada rapidez para que puedan seguirla los operadores de los dos extremos de la línea.

En los cables submarinos de cierta longitud, la velocidad de trasmision es mucho menor, á consecuencia del retraso que ocasionan los fenómenos de induccion y otras diferentes causas. Con el cable de 1858 solamente podian transmitirse dos palabras y media por minuto: con el cable transatlántico el término medio es actualmente de diez y siete palabras; pero se pueden leer veinticuatro por minuto.

Uno de los fenómenos más notables de la telegrafia es el de la doble trasmision, que permite expedir al mismo tiempo un despacho por cada extremo del hilo. Desde el principio de la telegrafia eléctrica se pensó en esta trasmision simultánea; pero no permitió aplicarla el imperfecto aislamiento de los hilos. Despues se perfeccionó el aislamiento, y el sistema de despachos simultáneos presta grandes servicios, puesto que casi duplica el trabajo de cada hilo.

¡Y qué pocos años se han necesitado para realizar estos maravillosos resultados de la telegrafia! ¡Con qué incredulidad hubiese recibido el mundo el anuncio de las maravillas que en tan poco tiempo había de realizar la ciencia moderna!

No hace muchos años, en 1823, sir Francis Ronal, uno de los primeros exploradores de este campo de la ciencia, publicó una descripcion del telégrafo eléctrico. Comunicó sus ideas á lord Melville, quien tuvo la bondad de contestar que se examinaría la cuestion; pero ántes de que pudiesen conocerse las ideas de sir Francis, recibió una comunicacion de M. Barrow, anunciando que era inútil ocuparse de nuevos telégrafos, y que se limitarían al sistema usado hasta entónces: este sistema era el viejo semáforo, que, coronando las alturas entre Lóndres y Portsmouth, parecia entónces lo más perfecto hasta á los comisarios del Almirantazgo.

Conozco personas que cuando se les propuso la colocacion de un cable trasatlántico suscribieron cierta cantidad como para un experimento curioso, aunque convencidas que, al hacerlo, arrojaban el dinero al fondo del mar. No se habrá olvidado que al hacer el ensayo se perdió una parte de aquel cable; pero no dejándose amedrentar los autores del proyecto, construyeron otro de 1.400 kilómetros, y consiguieron colocarlo en 1858. El sistema telegráfico del mundo forma casi un cinturón completo alrededor de la tierra, y muy pronto, sin duda, se llenará la laguna que queda con la colocacion de un cable entre San Francisco y Yokohama

en el Japon. ¡Qué decision y qué valor han necesitado los promotores de la telegrafía submarina! Para convencerse de ello, basta recordar que, si bien tenemos hoy 80.000 kilómetros de cable en actividad, ha sido necesario para llegar á este resultado fabricar ó colocar más de 100.000 kilómetros. Esta considerable pérdida depende, segun M. Siemens, de haber adoptado demasiado tarde la costumbre de ensayar el cable debajo del agua ántes de colocarlo y de que la envoltura protectora era demasiado ligera.

Gracias á los descubrimientos de Ohm y de sir William Thomson, sabemos en la actualidad que la resistencia de un hilo metálico homogéneo está en razon directa de su longitud: podemos, pues, determinar con precision matemática la distancia á que se encuentra el defecto del cable, aunque tuviese muchos millares de kilómetros de largo, lo cual permite marchar directamente al punto indicado para hacer las reparaciones necesarias, aunque el cable deteriorado se encuentre á muchos millares de brazas de profundidad.

Nuestros caminos de hierro han hecho enormes progresos; pero, bajo el punto de vista científico, un camino de hierro me parece mucho ménos maravilloso que un telégrafo eléctrico. Sin embargo, los resultados de la construccion y aprovechamiento de un camino de hierro son más generales y experimenta su utilidad mayor número de hombres. Por esta razon viene inmediatamente despues del nombre de Jaime Watt, el de Jorge Stephenson, y como probablemente se apreciará siempre á los hombres en razon de las ventajas que sus trabajos hayan proporcionado al género humano, conservará este puesto, á ménos que otro más ilustre venga á eclipsarlo. Jorge Stephenson tuvo el gran mérito de ver con más claridad que los demas ingenieros de su época lo que el mundo necesitaba, y de perseverar, no obstante las objeciones de los sabios, con el firme conyencimiento de que tenía razon y que aquellos se engañaban, y que al fin conseguiria demostrar la exactitud de sus convicciones.

Creo que puedo hablar detalladamente de los caminos de hierro sin temor de fatigar á nadie. La Asociacion Británica es peripatética, y si no hubiese ferro-carriles, sus reuniones serian muy poco numerosas. Además, á todos nos interesa el asunto; todos queremos ser trasportados sin peligro, y todos exigimos que se nos transporte con grande celeridad. Todo el mundo comprende ó cree comprender lo que es un ferro-carril. Voy, pues, á hablar de este asunto que nos es comun á todos, y quizá no haga otra cosa que exponer ideas que otros habrán tenido como yo.

Viviendo en esta época de carreteras y ferro-carriles, y pudiendo ir de un modo cómodo, rápido y

seguro casi á donde queremos, apénas podemos representarnos el estado de Inglaterra hace dos siglos, al principio de la oposicion que encontró el establecimiento de carruajes públicos. En 1662 solamente había seis diligencias en toda Inglaterra, y parecia á John Crossdell que había seis de más; aquel mismo año exclamaba sir Henry Harbert, miembro de la Cámara de los Comunes: «Si nos propusiese álguien establecer un servicio regular de carruajes para llevarnos á Edimburgo en siete dias y traernos en igual tiempo, lo enviariamos inmediatamente á una casa de locos.»

No obstante la oposicion y la rutina, se propagaron las diligencias: pero se necesitó un siglo para que en esta misma ciudad de Bristol se estableciesen carruajes para la conduccion del correo. Los que han experimentado los inconvenientes de un viaje largo en los antiguos carruajes convendrán en que aquellos inconvenientes eran demasiado grandes; y creo que si se tuviesen las estadísticas de los accidentes que ocurrían en aquellos carruajes, se reconoceria que la relacion entre los casos de muerte y de heridas y el número de viajeros en el antiguo sistema, era mucho mayor que la que actualmente resulta con los caminos de hierro.

Apénas habian tenido tiempo nuestros abuelos para acostumbrarse á sus carruajes públicos,—muy convencidos de que cuatro leguas por hora era el máximun de velocidad posible y deseable,—cuando les dijeron que un dia reemplazarian á sus *miserables* medios de transporte viajes realizados por medio del vapor en caminos de hierro. El que así les hablaba era Tomás Gray, el primer promotor de los caminos de hierro, que en 1819 publicó un libro sobre el empleo general de los ferro-carriles. En aquella época todo el mundo le consideró loco.

«Cuando por primera vez propuso Gray su gran proyecto al público, escribia Chevalier Wilson á sir Roberto Peel en 1845, casi todo el mundo vió en él una verdadera locura.» No referiré aquí las luchas que precedieron á la apertura del primer ferro-carril. Gracias á algunos hombres hábiles y previsores, el resultado fué favorable. Los nombres de Tomás Grey y de Joseph Sandars, de William James y de Edward Pease no podrán olvidarlos jamás los que lean la historia de nuestros primeros ferro-carriles, porque ellos fueron los que acostumbraron á Inglaterra á la idea nueva. En cuanto á Stephenson, cuyo genio práctico permitió realizar la idea, no tememos que pueda ser olvidado.

El camino de hierro de Stockton á Darlington se abrió en 1825; el de Liverpool á Manchester en 1830; y en el corto número de años que han trascurrido desde esta época se han construido caminos de hierro en todas las regiones del globo. No hay nacion rica y numerosa que pueda prescindir de ellos; y á

pesar de que en la actualidad la longitud total de los caminos de hierro de los diferentes países llega próximamente á 250.000 kilómetros, es seguro que de aquí á muy pocos años aumentará muchísimo esta cantidad.

Los caminos de hierro aumentan enormemente la riqueza de las naciones. Hace más de veinticinco años demostré ante una comisión de la Cámara de los Comunes, con hechos y números, que el ferrocarril de los condados de Lancastre y de York, del que era yo ingeniero entonces y que era la principal vía de comunicación entre varias ciudades populosas, que aquel ferrocarril, repito, hacia economizar al público una cantidad mucho mayor que todos los dividendos que recibía la compañía propietaria. Fundaba únicamente los cálculos en los transportes verificados por el camino de hierro y sobre la diferencia entre las modernas tarifas y las de los antiguos carruajes. Por nada contaba la economía del tiempo, aunque en Inglaterra puede decirse principalmente que el tiempo es dinero.

Como las tarifas de ferrocarriles para muchos objetos han sido considerablemente reducidas desde la época de que acabo de hablar, puede asegurarse, sin temor de equivocación, que los ferrocarriles de las Islas Británicas producen en la actualidad, ó, mejor dicho, economizan á la nación actualmente una cantidad mucho más considerable que el total de los dividendos pagados á los propietarios, sin poner en cuenta el beneficio que resulta de la economía de tiempo. Este último beneficio escapa al cálculo y sería imposible apreciarlo exactamente en dinero; pero no sería exagerado decir que el tiempo y dinero economizados equivalen al 10 por 100, por lo ménos, del capital empleado en ferrocarriles. No hablo aquí á nombre de los propietarios de caminos de hierro, porque no han entrado en estas empresas en vista de la ganancia de la nación, sino atendiendo al provecho que podrían obtener. Sin embargo, merecen tomarse en cuenta los hechos que acabo de indicar, porque hay personas que parecen mirar algunas veces á los propietarios de ferrocarriles como enemigos públicos.

Dedúcese de estos hechos, que siempre que se pueda construirse un ferrocarril en condiciones que den el interés ordinario de lo que cuesta, el bien nacional exige que se construya. Además, aunque los productos fuesen tales que diesen á los propietarios un dividendo inferior al interés del dinero, la pérdida para una fracción tan mínima del país estaría más que recompensada por la ganancia general, y, por consecuencia, pueden presentarse casos en que sea prudente para el gobierno contribuir, bajo una ú otra forma, á empresas que de otra manera no encontrarían suficiente número de accionistas.

Así es que ciertos países, por ejemplo, Rusia, para quienes tienen grandísima importancia los medios de transporte perfeccionados, han obrado prudentemente, en mi concepto, haciendo construir líneas que son una mala especulación bajo el punto de vista de la explotación y productos, pero que son ó serán muy pronto ventajosas bajo el punto de vista nacional.

El imperio del Brasil, que hace poco tiempo visité, ha decretado sabiamente que es bueno y ventajoso al Estado garantizar el 7 por 100 de productos á todo ferrocarril que esté demostrado pueda dar por sí mismo el 4 por 100, y esto porque está reconocido que la nación ganará, por lo ménos, el equivalente de la diferencia.

Quizá no sea fuera de propósito decir aquí algo de una cuestión que á muchos parecerá la más importante: refiérome á la seguridad de los viajes en ferrocarril. En todo caso, bueno es conocer bien todos los elementos de que depende. Creeráse, tal vez, que mayor experiencia de la dirección de los caminos de hierro debe producir mayor seguridad; pero otros elementos de la cuestión pueden contrabalancear éste hasta cierto punto.

La seguridad de los viajes en ferrocarril depende de la perfección de todas las partes de la máquina, comprendiendo por ésta el ferrocarril completo con todo su material; depende también de la naturaleza y grado del movimiento, y, en fin, del cuidado y atención del personal.

En cuanto al elemento humano, puede decirse que la parte de accidentes originados por sus faltas solamente puede desaparecer con el progreso de la raza.

Las probabilidades de accidentes aumentan también con la velocidad, pudiéndose reducir si se reduce esta. También aumentan con la extensión y variedad de movimiento de una línea dada; pero considero que el público consentirá más bien correr algunos riesgos más que en caminar más despacio. No ofrecen, pues, grandes probabilidades de disminución la extensión y variedad del movimiento en una línea, sino que, al contrario, es seguro que aumentarán.

Sentiría decir que son impotentes las precauciones humanas y no soy de los que desaprueban las reclamaciones dirigidas á las compañías de caminos de hierro por medio de la prensa ó por otros conductos, aunque estas reclamaciones se hagan á veces de un modo inconveniente. No veo ningún mal en que se excite á los hombres por todos los medios para que cumplan su deber en un punto tan importante para todos.

Tal vez habrá quien pregunte si, entregados los ferrocarriles al gobierno, no se explotarian con mayor seguridad. El gobierno no pagaría á los em-

pleados mejor—tal vez no los pagaría tan bien—que las compañías, y es dudoso que tuviese á su servicio un personal mejor que el actual. Podría contentarse con menor número de empleados superiores, porque los directores de compañías pasan la mayor parte del tiempo en disputas intestinas. Podría dirigir la explotación de una manera más despótica, disminuir el número de trenes ó las facilidades que ofrecen ahora, ó tomar otras medidas para lograr mayor seguridad; pero es muy dudoso que el público consintiese las trabas que habrían de ponerse al movimiento.

Una cosa podría hacer el gobierno, y probablemente hará. En el caso en que el movimiento es variado y resultase mayor seguridad empleando líneas auxiliares, que las compañías no tienen interés en construir, podría encargarse de su construcción, contentándose con un interés menor. Por otra parte, cuando el presupuesto de toda esta enorme máquina dependiese anualmente del voto del Parlamento, ¿sería más rico de lo que es en la actualidad? Mucho puede dudarse.

Este asunto se roza con otras cuestiones mucho más difíciles.

¿Dónde se detendrán los trabajos del gobierno? Las inevitables atenciones del Estado son por sí mismas muy pesadas y lo son mucho más cada día. La administración de los arsenales marítimos son una bagatela ante lo que sería la administración de los ferro-carriles, que hoy emplean 250.000 personas. Al encargarse de los ferro-carriles el Estado, se expondría á conflictos con los viajeros, los comerciantes é industriales del país. Por parte de las compañías de ferro-carriles no hay dificultades que temer, puesto que á toda hora venderán su empresa á quien se la pague bien.

Con relación al enorme aumento del movimiento de los caminos de hierro, parece que podría reclamarse una medida para mayor seguridad de los viajeros, medida que sin duda se reclamará algún día: ésta sería construir entre localidades importantes caminos de hierro para el transporte exclusivo de viajeros, de carbon, ó reservadas á un género especial de explotación; sin embargo, preveo que esto será difícil de realizar. Los propietarios de los terrenos que cruzasen estas líneas querrian aprovecharlas de una manera general. Sin embargo, tal vez llegará un día en que sea necesario adoptar una medida de este género.

Si la cosa fuese posible, sería muy instructivo comparar la proporción de los accidentes producidos por los ferro-carriles con los que en otro tiempo producían los carruajes públicos; pero creo que no existe ninguna estadística relativamente á los últimos, para poder hacer la comprobación. Lo que sí es posible es comparar los accidentes ocasiona-

dos en los primeros tiempos de nuestros caminos de hierro y los de un período posterior.

De 1852 á 1859 la cámara de comercio hacia la estadística de las distancias recorridas por los viajeros, según las estadísticas alemanas, verdadera base sobre que debe fundarse la proporción, y no sobre el número de viajeros sin tener en cuenta la distancia recorrida. Ahora bien: esta distancia ha variado mucho; la que recorría por término medio cada viajero en 1873 era la mitad de la recorrida en 1846. Desgraciadamente, la cámara de comercio ha renunciado á hacer estas estadísticas.

Se cometería error comparando el número de accidentes al de viajeros trasportados en los diferentes años, aunque se conociese el número exacto de viajeros. Pero la estadística de la cámara de comercio omite siempre un número importante; de suerte que la proporción de los accidentes con los viajeros parece mucho mayor de lo que en realidad es: refiérome á los viajes que realizan las personas provistas de billetes de abono. Podría llegarse á cierta apreciación de estos viajes de abonados dividiendo los ingresos por un precio medio, ó las compañías podrían hacer un cálculo aproximativo y los billetes permitirían hacer constar la distancia recorrida por cada viajero. La adición de estos datos aumentaría mucho la exactitud de las estadísticas de los ferro-carriles y harían más seguras las deducciones que de ellas se hacen.

Aunque el trabajo es penoso, me he esforzado en suplir estas imperfecciones, y creo que pueden considerarse bastante exactos los resultados que he alcanzado. De los números que he obtenido puede deducirse que de 1864 á 1873 se ha duplicado la distancia recorrida por cada viajero, y si persiste el aumento que se ha verificado desde 1870 á 1873, debería duplicarse de lo que era en 1873 al cabo de doce años, es decir, en 1885.

De 1864 á 1873 ha duplicado el número de viajeros, y si persistiese el aumento verificado desde 1870 á 1873, volvería á duplicarse en doce años y medio, es decir, en 1885.

No olvidemos tampoco que la velocidad del aumento desde 1870, aunque ha sido regular en 1871, 1872 y 1873, es superior á lo que fué los años precedentes, sin duda á causa del aumento de los salarios y del grande desarrollo de los viajes en tercera clase, no pudiendo existir la seguridad de que se mantenga esta velocidad de aumento.

Admitiendo que no se haya verificado ningún mejoramiento en la explotación por las señales, discos móviles, etc., el aumento de accidentes debe ser proporcional á las distancias recorridas por los viajeros, multiplicados por la relación que existe entre las distancias recorridas por los trenes y la longitud de las líneas en explotación, puesto que el nú-

mero de trenes que recorren los mismos rails debe tender á aumentar el número de accidentes, sobre todo cuando los trenes marchan con velocidades diferentes.

El número de accidentes varía mucho de un año á otro; pero si se toman dos períodos de diez años, veráse que la relacion de los viajeros muertos por causas independientes de su voluntad, con la distancia recorrida por cada viajero en los diez años que terminan en 31 de Diciembre de 1872, solamente ha sido las dos terceras partes de la misma relacion calculada en el período decenal que termina en 31 de Diciembre de 1861. Por otra parte, la proporcion de todos los accidentes ocurridos á los viajeros por causas independientes de su voluntad, durante el último período decenal, sobrepusó en nueve décimas partes á la correspondiente al período decenal anterior, mientras que la frecuencia media de trenes ascendió en una cuarta parte.

Es probable que antes de mucho se llegue al límite de los perfeccionamientos que se pueden dar á las señales, á la eficacia de los frenos, etc., y entonces el aumento de accidentes dependerá del aumento del crecimiento combinado con el de la frecuencia de trenes. El grande aumento del movimiento en los ferro-carriles, movimiento que sin duda se duplicará en veinte años, creará sin duda graves dificultades á las compañías; y á ménos que las compañías actuales aumenten las vías, como ya han empezado á hacer algunas, ó que se establezcan nuevos ferro-carriles, quedarán grandemente comprometidas la rapidez y la seguridad de los viajes.

Sin embargo, hasta ahora, las mejoras introducidas en la exportacion parecen haber marchado de concierto con el aumento de movimiento y de rapidez, porque la ligera alza observada en la relacion entre el número de accidentes y la distancia recorrida por viajero, depende probablemente de que se cuentan con más exactitud hasta las contusiones más ligeras. Creo recordar que un presidente de la cámara de comercio, al recibir á una comision bastante alarmada que iba á hablarle de los peligros que ofrecian los viajes en ferro-carril, le contestó con la mayor tranquilidad, que más seguro se encontraba dentro de un wagon que en cualquiera otra parte.

Si el hecho es cierto, creo que aquel presidente tenía razon, como puede uno convencerse si considera que solamente hay un viajero herido por 6 millones de kilómetros recorridos, ó que, por término medio, puede hacerse anualmente un viaje de 160.000 kilómetros, durante cuarenta años, con las mayores probabilidades de no recibir la más ligera herida.

De grande actualidad es la cuestion de la economía de combustible; cuestion que no han olvidado los miembros de la Asociacion Británica.

En el congreso celebrado en 1863 en Newcastle-sur-Tyne, sir William Armstrong dió la alarma sobre el próximo agotamiento de nuestras minas de carbon. En el congreso de Brighton, M. Bramwell, presidente entonces de la seccion mecánica, llamó la atencion sobre el despilfarro de combustible. En Bradford, en una conferencia dada á los obreros por peticion de la Asociacion, M. Siemens insistió sobre el despilfarro de combustible que se verificaba en los trabajos del hierro, industria de que tanto se ha ocupado.

Hizo ver que en el horno de recalentar ordinario el carbon consumido no produce la vigésima parte del efecto que indica la teoria, y en la fusion del acero en hornillos, por el método ordinario, ni siquiera la septuagésima: para fundir una tonelada de acero en el hornillo es necesario quemar cerca de dos toneladas y media de carbon; añadiendo que en su horno regenerador de gas no se necesita para fundir una tonelada de acero más que doce quintales de carbon menudo.

M. Lowthian Bell, que une á la ciencia del químico la experiencia práctica del maestro de fragua, en su discurso presidencial, pronunciado en 1873 ante los miembros del Instituto sobre el hierro y el acero, dijo que con el método perfeccionado para retirar y utilizar el gas y los perfeccionamientos adoptados para los hornos del distrito de Claveland, se obtiene actualmente el hierro fundido con una economía de tres millones y medio de toneladas de carbon sobre las cantidades empleadas hace quince años, lo que representa una economía de 45 por 100. Demuestra con números, que ha tenido la bondad de comunicarme, que la potencia calorífera de los gases perdidos por los hornos basta para producir todo el vapor y para calentar todo el aire necesario á los mismos hornos.

Ya hemos dicho que, aprovechando el escape del vapor en las máquinas de simple ó de doble efecto, el consumo de combustible en una máquina moderna perfeccionada puede reducirse á la tercera parte de lo que era en otro tiempo con las antiguas máquinas.

Todos estos perfeccionamientos están muy léjos aún de dar el efecto teórico del combustible, al que tal vez no se llegará jamás. Las cifras de M. Lowthian Bell parecen indicar que en el interior del horno perfeccionado que se emplea en Cleveland no se puede hacer más para disminuir el consumo de combustible; pero ya se ha hecho mucho, y si los perfeccionamientos á que se ha podido llegar se aplicasen en todas partes, sería enorme la economía de combustible.

¡Cuántos altos hornos vomitan aún la llama, el gas y el humo de una manera tan inútil y casi tan nociva como la vecindad del Vesubio ó del Etna! ¡Cuántas máquinas de vapor antiguas existen aún construidas sobre principios absolutamente irracionales!

¿Qué es posible hacer ante un cabeza de familia obstinado? ¿Cómo arreglar el consumo del hogar doméstico, cuando sin recurrir á las cacerolas alemanas, y solamente aprovechando la rejilla de Galton y otros aparatos perfeccionados, puede tenerse cuanto se necesita para la comodidad y bienestar, consumiendo mucho menos carbon?

Si he demostrado que no aprovechamos más que una pequeña fracción de los efectos útiles del combustible, no es porque espere que corriamos en seguida el despilfarro. En muchos casos depende de máquinas viejas, de hornos mal construidos, de las malas hornillas que existen en la mayor parte de las casas; no puede corregirse en un momento todo esto, por útil que fuese, porque todo el mundo no tiene medios para arrojar á un lado los aparatos antiguos y adoptar los nuevos.

Pero cuando consideramos el porvenir con inquietud, y tememos ver encarecer el combustible, bueno es saber qué podemos adelantar con nuestros conocimientos actuales; y si pudiésemos aplicarlos por todas partes desde hoy mismo, podríamos obtener probablemente cuanto necesitamos para nuestro trabajo y bienestar, tan bien como hoy, con la mitad del consumo actual de combustible.

Deber es para los que construyen nuevas fábricas, nuevos hornos y nuevos barcos de vapor ó casas nuevas, obrar como si el alza que experimentó el carbon hace dos años fuese cosa normal.

También podría hablar de la construcción de cañones, pero solamente diré pocas palabras. También son enormes los progresos hechos en pocos años en esta industria: los que en Inglaterra han contribuido más á ello son dos ingenieros civiles, sir William Armstrong y sir Joseph Whitworth. El cañon de sir William Armstrong ha dado ya resultados altamente satisfactorios; en la discusión de los perfeccionamientos posibles, la cuestión se complica con la tentativa para establecer una distinción bien clara entre el acero y el hierro.

No veo otro límite á la magnitud de los cañones que el de la tenacidad y resistencia del metal de que se hacen, sea el que quiera el nombre que demos á ese metal.

Sir Joseph Whitworth, que ha hecho más que cualquier otro ingeniero para llegar á una buena ejecución del trabajo, y cuyo ideal de perfección se extiende sin cesar, procura desde hace mucho tiempo, y no sin éxito, por medio de una comprensión enorme, aumentar la tenacidad de lo que llama

un metal homogéneo. Haced buen metal, llamadle hierro si os place, y construireis cañones tan grandes como queráis; con los medios mecánicos convenientes, la construcción y manejo de un cañon de cien toneladas, ó más pesado aún, no ofrece la menor dificultad.

Confiando en las cualidades de su metal comprimido, sir Joseph Whitworth trata en la actualidad, por un singular experimento, de limitar en lo posible el movimiento de retroceso á la elasticidad del metal. Sujetando á la garganta del cañon una envoltura exterior que trasmite á los muñones toda la fuerza de retroceso, quiere aprovechar esta elasticidad hasta vez y media la longitud del cañon: ¿basta por sí sola la elasticidad, sin ningun otro auxilio, en un espacio tan pequeño? Quizá pueda dudarse; pero se puede recurrir á otros medios, y en todo caso el experimento es curioso, tenga ó no resultado.

No hablaré de las calas y puertos en construcción, porque debo terminar este largo discurso.

El pasado y el porvenir son dos palabras que nos hacen abandonar los objetos presentes y visibles por otros lejanos é inciertos; bien miremos atrás ó adelante, impenetrable velo detiene muy pronto nuestra vista.

Tal vez parecerá que en el asunto que he elegido he mirado demasiado hácia atrás. Me he ocupado del presente en cierta medida. Un exámen retrospectivo puede ser útil para demostrar las grandes obras realizadas en los siglos pasados. Hacemos ciertas cosas mejor que las hacían en los tiempos primitivos, pero no todas. En lo que llamamos el ideal, no somos superiores á los antiguos. Los poetas, los pintores y escultores de otro tiempo eran tan grandes como los de nuestros días; probablemente sucedía lo mismo con los matemáticos.

En los trabajos que dependen de acumulacion de experiencia, debemos superar á nuestros antepasados.

El arte del ingeniero pertenece al número de estos trabajos; sin embargo, siempre que en el porvenir se presenten dificultades, ó que haya que realizar trabajos sin precedentes, se podría encargar de ellos cualquiera, sea la que fuese su profesión, como más de una vez ha sucedido.

Los maravillosos progresos que han realizado las dos últimas generaciones deben hacernos prudentes cuando se trata de predecir el porvenir. En cuanto á los trabajos de arte, puede decirse, sin embargo, que su posibilidad ó imposibilidad depende con frecuencia de la dificultad inherente á los mismos trabajos. Dos obras más grandes que las ejecutadas hasta hoy quedan por realizar, aunque no inmediatamente: la sociedad no puede reclamarlas aún; el mundo no es bastante rico todavía para pagarlas.

La marcha de los trabajos de arte y las cantidades que han costado en nuestros tiempos son prodigiosas: 256.000 kilómetros de caminos de hierro, á 300.000 francos por kilómetro, hacen 76.000 millones de francos, en números redondos; si se añaden 64.000 kilómetros de hilos telegráficos, á 300 francos el kilómetro, y 2.000 millones para canales, arsenales, puertos y trabajos de saneamiento ejecutados en el mismo período de tiempo, tendremos cerca de 79.000 millones gastados, por generacion y media, en lo que puede llamarse con seguridad trabajos útiles.

La riqueza de las naciones puede comprometerse por los gastos de lujo y de guerra; pero no pueden disminuir por los gastos hechos en estos trabajos.

Sabemos que en el porvenir no podremos crear fuerza; pero se podrá mejorar mucho la aplicacion de las que conocemos, y asi se hará sin duda. Nada más puede hacer lo que llamamos invencion, y, sin embargo, ¡cuántas hacemos diariamente en máquinas é instrumentos nuevos!

El telescopio ha extendido nuestra vista hasta lejanos mundos. El espectróscopo ha hecho mucho más: ha extendido nuestra potencia de análisis hasta esos mismos mundos. El correo era, y es aún, una organizacion grande y útil; pero ¿qué es, comparado con el telégrafo?

¿Debemos procurar ver más léjos en el porvenir? Nuestros conocimientos actuales, comparados con lo que nos queda que aprender, hasta en fisica, son infinitamente pequeños. Puede suceder que no descubramos jamás una fuerza nueva, y, sin embargo, ¿quién sabe?

J. HAWKSHAW.

## VICENTE BELLINI.

### VIII.

El empeño de Bellini en alcanzar un triunfo á medida de su deseo con su cara *Sonnambula*, era tanto más grande, cuanto que para intérprete del principal papel contaba con una artista incomparable, que reunía en alto grado condiciones excepcionales. Bella como el dia, dotada de una voz cuyo volúmen, riqueza y sonoridad no tenían rivales, actriz de piés á cabeza, con una variedad de acentos y una naturalidad tal, que oyéndola Talma cantar uno de sus mejores papeles, cuando aún era muy jóven, exclamó maravillado:—Hé ahí una niña que ha encontrado lo que yo busco desde hace veinte años.

Apasionada, patética y conmovedora cuanto era

posible, la Pasta, que es á quien nos referimos, se encontraba entónces en todo el esplendor de su admirable talento.

Este talento, que los hombres de nuestra generacion no han podido apreciar, era de seguro admirable y extraordinario, porque todos los contemporáneos, y entre ellos los artistas más ilustres, están de acuerdo en concederle cualidades sublimes.

Cierto dia que la Pasta cantaba *Tancredi*, de Rossini (en 1824), Talma, que con tanta frecuencia había prestado sus acentos incomparables al *Tancredi*, de Voltaire, fué al teatro italiano á ver la grande artista que tanto le habian elogiado. Desde la noble y majestuosa entrada á la escena del altivo y gracioso Tancredi, Talma le devoraba con los ojos, atento á sus menores movimientos, á sus acentos más insignificantes, á los más ligeros gestos de su fisonomía.

La mirada de la actriz, su actitud, la dignidad de sus ademanes, el esplendor de su voz y la belleza de su canto, la ejecucion perfecta, su manera apasionada, natural, conmovedora y verdadera de representar, todo concurría en ella á producir la ilusion más completa, y cuanto más avanzaba en su papel, más fija en sus labios estaba la mirada de Talma. Cuando hizo oír esta frase luminosa é inspirada:

*¡O patria! dolce e ingrata patria; al fine  
A te ritorno; io ti saluto, ¡ó cara  
Terra degli avi miei! ¡Ti bacio e questo  
Per me giorno sereno!  
¡Comincia il core á respirarmi in seno!  
¡Amenaidel!*

Talma, con la mirada fija, el rostro contraído, el pecho anheloso, permaneció inmóvil y exclamó despues con verdadero acento de admiracion:—¡Es cosa bellísima!

Algunos dias despues, el ilustre trágico hacía que le presentaran en casa de la célebre cantora, que le acogió con suma amabilidad, y se cuenta que con los ojos llenos de lágrimas y con la voz grave y melancólica de que sabía sacar acentos tan profundos y verdaderos, Talma dijo á la Pasta:

—Señora, vos realizais el ideal que yo he soñado: poseeis el secreto que no he cesado de buscar con ardor desde que empecé la carrera teatral, desde que considero la facultad de conmoover los corazones fin supremo del arte.

En su interesante *Vida de Rossini*, habla Stendhal de la Pasta en los siguientes términos:

«Al salir de una representacion en que la Pasta nos trasporta, no se puede recordar otra cosa que la extrema y profunda emocion de que estamos poseídos. En vano procuraría uno darse cuenta más

\* Véanse los números 82, 83 y 84, págs. 468, 505 y 536.

perceptible de una sensación tan profunda y extraordinaria. Se ignora lo que se admira. La voz no tiene un timbre extraordinario, no debe sus efectos á una flexibilidad sorprendente, no tiene una extensión inaudita; pero aquel canto es el canto que sale del corazón,

*Il canto che nell'anima si sente,*

y que seduce y arrastra á los dos compases á todos los espectadores, hasta á los que no han ambicionado en toda su vida más que dinero ó cruces.»

Sobre la naturaleza de la voz de la artista, decía:

«La voz de la señora Pasta tiene una extensión considerable. Da de un modo sonoro el *la* bajo y se eleva hasta el *do sostenido* y hasta el *re* agudo. La señora Pasta tiene la rara ventaja de poder cantar la música de contralto como la de soprano, y á pesar de mis escasos conocimientos me atrevo á decir que la verdadera posición de su voz es la de *mezzo-soprano*. El maestro que escribiera para ella debería colocar la parte ordinaria de sus melodías en la cuerda de *mezzo-soprano*, y emplear como de paso y accidentalmente las demás cuerdas de una voz tan rica. Varias de estas cuerdas, no sólo son muy bellas, sino que producen cierta vibración sonora y magnética que, en mi concepto, por una mezcla de efectos físicos inexplicados hasta ahora, se apodera con la rapidez del relámpago del alma de los espectadores.»

Otro juez, Castil-Blaze, cuya competencia no es recusable, habla con igual entusiasmo:

«¿Quién es la encantadora cuya voz patética y brillante ejecuta con tanta fuerza como gracia las jóvenes composiciones de Rossini y los cantos sencillos y grandiosos de la antigua escuela? ¿Quién reviste la coraza de los bravos y el elegante tocado de las reinas para ofrecernos sucesivamente las gracias de la amante de Otelo y la caballeresca fiereza del héroe de Siracusa? ¿Quién reúne en grado tan eminente el talento de cantora y de trágica, y sabe arrastrar con un juego escénico lleno de naturalidad, vigor y sensibilidad, á los que pudieran resistir á sus melodiosos acentos? ¿Quién nos hace admirar los dones más preciosos de la naturaleza, sometidos á las leyes de un gusto severo y puro y á los encantos de una bella figura, armoniosamente unidas á una bella voz? ¿Quién ejerce doble imperio sobre la escena lírica, causa ilusiones y celos, hace experimentar al alma nobles goces y deliciosos tormentos? La señora Pasta. No lo hace *todo* como el eremita del monte Salvaje; pero se quisiera verla en todas partes y su nombre tiene irresistible atractivo para los aficionados á la música dramática (1).»

(1) *Journal des Débats* del 10 de Setiembre de 1822. Sabido es que la Pasta sobrevivió treinta años á Bellini, de quien fué inspirada intérprete. Murió el 1.º de Abril de 1863.

Rápidamente comprendió Bellini todo el partido que podía sacar de estas cualidades para la interpretación de la obra que preparaba. Por feliz coincidencia, la Pasta era recibida casi diariamente en la casa donde él mismo había encontrado tan afectuosa hospitalidad. También acudían allí otros artistas, transformándose con frecuencia el salón en pequeño cenáculo intelectual, donde las cuestiones de arte y de literatura eran discutidas con verdadero ardor. En aquella reunión se hablaba y se tocaba y el compositor podía apreciar á su gusto á la admirable artista que debía dar vida á sus inspiraciones y transmitir las al público. Estudió atentamente su persona, el carácter de su voz, la naturaleza excepcional de su talento y los recursos infinitos que este talento ponía á su disposición.

Pero todo ello hubiera sido insuficiente acaso, de no existir otra causa íntima para hacerle crear una de esas obras tanto más bellas, tanto más expresivas, tanto más apasionadas, cuanto que el artista pone en ellas lo mejor de su ser, siendo eco de sus sufrimientos, de sus angustias, de sus pasados dolores. Bellini había amado, había llorado, y abriendo el libro de su corazón, una voz interior le hacía oír acentos parecidos á los que Musset presta á la musa en su bella obra *La noche de Mayo*:

Poète, prends ton luth; c'est moi, ton immortelle,  
Qui t'ai vu cette nuit triste et silencieux,  
Et qui, comme un oiseau que sa couvée appelle,  
Pour pleurer avec toi descends du haut des cieux.  
Viens, tu souffres, ami; quelme ennui solitaire  
Te ronge; quelme chose a gémi dans ton cœur,  
Quelme amour t'est venu, comme on en voit sur terre,  
Une ombre de plaisir, un semblant de bonheur.  
Viens, chantons devant Dieu; chantons dans tes pensées,  
Dans tes plaisirs perdus, dans tes peines passées;  
Partons, dans un baiser, pour un monde inconnu.

Sea de ello lo que quiera, *La Sonnambula* salió á luz y fué representada el 6 de Mayo de 1831 con un éxito colosal, teniendo por intérpretes á la Pasta, á Rubini y á Mariani.

Cualquiera que sea la censura que pueda hacerse de la factura propiamente dicha y la instrumentación, no deja de ser cierto para todo artista sincero, para todo hombre amante de lo bello y sensible á los acentos de la verdad y de la pasión, que esta partitura es una obra maestra admirable. Por mi parte, estoy siempre dispuesto á dispensar los defectos secundarios de una obra, cuando esta obra me conmueve profundamente y llega á mi corazón, aun cuando le agite con desusada violencia. No sucedía esto con la música de Bellini. La pasión no se expresa en ella con desordenados acentos, y no deja, sin embargo, de agitar con ménos intensidad el alma de los oyentes. Siempre sencillo, siempre natural, siempre verdadero, comprende perfectamente el carácter de cada uno de los personajes y sabe repro-

ducir con escrupulosa exactitud el sentimiento particular que les anima.

¿Dónde encontrar una verdad de acento más perfecta, una delicadeza más esquisita, una gracia más sostenida, una emoción más punzante y dolorosa, una pasión más intensa, y al mismo tiempo una sobriedad de lenguaje más feliz, que en ese bellissimo poema que se llama *La Sonnambula*?

No hablo de las melodías. Todo el mundo sabe lo inspiradas que eran en Bellini y que al cabo de treinta años conservan su frescura, mientras que tantas otras mucho más jóvenes se mustian y envejecen prematuramente. Pero el carácter mismo de su canto, la naturaleza de su lenguaje musical, ¿no están acaso perfectamente acomodados al sentimiento que quiere pintar, á la situación que necesita interpretar?

Amina y Elvino son dos aldeanos, dos *contadini*; no hay necesidad de verles para adivinarlo, y la expresión sencilla é ingenua que el músico ha sabido dar á su canto, conservándole la distinción natural á las almas delicadas, basta para hacer comprender la modestia de su condición. ¿Dónde encontrar una ternura más viva y simpática que en la deliciosa ária de Amina *Come per me sereno*, y, sobre todo, en su adorable *andante*

*Sopra il sen la man mi posa  
Palpitar il cor mi senti...*

Y el final del acto, tan grande, tan notable, tan patético, ¿es acaso una página vulgar que debe despreciarse? ¿Cabe, señores críticos, en presencia de un cuadro tan perfecto y acabado, de una página dramática tan llena de pasión y de efecto tan conmovedor, hablar de la ignorancia de Bellini y de su impotencia para desarrollar un motivo? ¿Dónde encontrareis cosa más bella, más magnífica, más inspirada y al mismo tiempo más sencilla, más pura y más inatacable, como forma, que la magnífica progresión del dibujo melódico que constituye la segunda parte de esta admirable pieza? ¿El ária de Elvino en el segundo acto no es la expresión más angustiada de la desesperación, el grito de un alma desgarrada, de un corazón oprimido por el dolor, y que, sin embargo, no cambia en odio el amor, que era el sueño encantador de toda su vida? ¿Recordais el acento doloroso y tierno con que dice estos versos:

*¡Ah! perché non posso odiarti  
Infidel qual io vorrei  
Ma del tutto amor non sei  
Cancellata del mio cor...*

¿No es este el triunfo de la pasión expresado en un lenguaje verdadero, noble y conmovedor?

Bellezas son estas que no se discuten, porque

aquellos á quienes no conmueven, á quienes no arrancan lágrimas, no las comprenden.

Confieso que para mí nada ha hecho Bellini superior á *La Sonnambula*. Su estilo es quizá más grandioso y enérgico en *Norma: Los Puritanos* tienen sin duda un carácter más complejo y más profundamente dramático: más adelante hablaré de ambas obras; pero nada me encanta ni me conmueve tan profundamente como ese idilio de una gracia y de una frescura tan embriagadoras, que, tocando á veces en la elegía, se detiene á las puertas del drama propiamente dicho, como espantado de las consecuencias que podría tener su excursión al dominio de la tragedia pura.

*La Sonnambula* es, hablando con exactitud, lo que los italianos llaman una obra *di mezzo carattere*, apasionada, patética, pero no fogosa y desordenada; una de esas obras en las cuales la sonrisa se mezcla á veces á las lágrimas y que desliza en vuestra alma ese sentimiento de melancolía dulce y tierna de elegiaco ensueño que penetra hasta el fondo del corazón sin desgarrarlo cruelmente.

#### IX.

El indescriptible éxito obtenido en el teatro Carcano por *La Sonnambula* escitó á los administradores de la Scala, que además recordaban las brillantes noches que el *Pirata* y la *Straniera* habían procurado á su teatro. Fueron, pues, en busca de Bellini para pedirle una nueva ópera, ofreciéndole, además de otras ventajas, 3.000 ducados, y prometiéndole por interpretes á la Pasta y Julia Grissi, á Donzelli y á Negrini. Estas brillantes condiciones decidieron á Bellini á aceptar inmediatamente. Firmó el contrato y pidió á Romani un nuevo poema.

Este le arregló uno de la tragedia de Soumet titulada *Norma* (sabida es la frescura con que los libretistas italianos han acudido al repertorio frances; y aunque Romani fuese más hábil que los demás y verdaderamente poeta, no por ello era más escrupuloso en este punto). Acabado el libreto y sobreescitado y regocijado Bellini por la presencia en Milán de su amigo Pacini, á quien siempre quiso mucho, acabó pronto la música. Estudiada la obra con rapidez, nueve meses y medio después de la primera representación de la *Sonnambula* en el teatro Carcano, es decir, el 26 de Diciembre de 1831, se estrenaba *Norma* en la Scala.

Preciso es decirlo: la noche de su estreno esta bella obra tuvo mal éxito. Como la *Olimpiada* de Pergolese, como *D. Juan* de Mozart en Viena, como *El Barbero* de Rossini, como *Oberon* de Weber, no fué comprendida por la gran mayoría del auditorio, poco acostumbrado á los grandiosos acentos que Bellini había encontrado en esta ocasión. No repetiré las acusaciones absurdas que se dirigen al público

en estas circunstancias y que consisten en creerle incapaz de apreciar á primera vista todas las bellezas de una obra, cuando estas bellezas tienen algun carácter noble y elevado. ¿Pues qué, *El Cid*, *Atalia*, *El Misántropo*, *Alceste Hernan Cortés*, *Lucía de Lammermoor* y tantos otros dramas sublimes, no han sido acogidos desde su origen con grandísima simpatía é inmediatamente comprendidos?

No supongamos al público más ignorante de lo que es en realidad. A veces se engaña en la primera expresion de su juicio, y en tal caso deshace pronto su error; pero el hombre, que en este orden de ideas debe ser tomado como una fraccion de la multitud, el hombre aislado, ¿no se engaña también? Las causas de su error son las del error del público; en momento dado la mala disposicion que acomete á un individuo puede acometer á un auditorio, faltándole la atencion, ó la indulgencia, ó la justicia; pero jamás es tan ignorante ó insensible como se supone, sufriendo tan sólo la influencia de los defectos inherentes á la naturaleza humana.

*Norma* recibió, pues, á su aparicion una acogida que, si no era hostil, era á lo ménos fria y reservada. Bellini, que tenía fe en su obra, parecía indiferente, y se contentaba con decir de vez en cuando: *Vedremo, vedremo*. Estaba, sin embargo, muy afectado, y su amigo Pacini lo confesaba en una carta escrita poco tiempo despues: «He visto á Bellini en Milan, decía, cuando puso en escena su obra maestra la *Norma*, y recuerdo que á la primera, á la segunda y á la tercera representacion esta obra sublime tuvo una suerte casi desgraciada, que afligió al jóven compositor hasta el punto de verle yo derramar lágrimas...»

Però la prueba perentoria de que la admirable partitura de *Norma* no encontró á su aparicion todas las simpatías que tenía derecho á esperar y que despues se le prodigaron, es una carta escrita por Bellini, á su vuelta del teatro, la noche de la primera representacion, á su amigo íntimo Francesco Florimo, su condiscipulo en el conservatorio de Nápoles y en la clase de Zingarelli (1).

«Milan 26 de Diciembre de 1851.

»Mi querido Florimo:

»Te escribo bajo la impresion del dolor, de un acerbo dolor que no puedo expresarte, pero que tú

(1) Esta carta completamente inédita hasta ahora, puedo publicarla, graeias á la amabilidad del caballero Francesco Florimo, archivero hoy de ese mismo conservatorio de San Pedro de Majella, donde estudió con Bellini, cuya sincera amistad no ha podido entibiarse la muerte.

Debo tanto más agradecimiento al Sr. Florimo, cuanto que está terminando un trabajo importante sobre los antiguos conservatorios de Nápoles y los músicos que de ellos han salido, trabajo en el que Bellini tendrá naturalmente un puesto muy importante, á pesar de lo cual el señor Florimo se ha prestado gustoso á concederme las primicias de este documento interesantísimo.

solo comprenderás. Vengo de la Scala. Primera representacion de *Norma*. ¿Lo creerás? ¡Fiasco! ¡Fiasco! ¡Solemne fiasco!

»En verdad, el público ha estado severo. Parecía positivamente venido para juzgarme y condenarme, y con precipitacion (al ménos así lo creo) ha hecho sufrir á mi pobre *Norma* la misma suerte de la druida.

»No he reconocido á los queridos milaneses que acogian con entusiasmo, con la alegría en el rostro y el calor en el corazon *Il Pirata*, *La Straniera* y *La Sonnambula*, y, sin embargo, creía presentarles digna hermana en *Norma*; pero desgraciadamente no ha sucedido así: me he engañado: me he equivocado; mis pronósticos eran falsos y mis esperanzas han sido defraudadas. A pesar de todo, te aseguro con el corazon en la mano que, si la pasion no me ciega, la introduccion, la salida, la cavatina de *Norma*, el duo de las dos mujeres con el trio que sigue, el final del primer acto, y despues el otro duo de las dos mujeres y el final entero del segundo acto, que comienza con el himno de guerra, son piezas de música tan agradables para mi (modestia), que, te lo confieso, me juzgaría dichoso pudiéndolas hacer parecidas en el curso de mi carrera artística. ¡¡¡Basta!!! En las obras teatrales el público es juez supremo. Sin embargo, espero apelar de la sentencia pronunciada contra mí, y si el público llega á desengañarse, habré ganado el pleito, y proclamaré entónces á *Norma* la mejor de mis óperas; si no, me resignaré á mi triste suerte y diré para consolarme: ¿No silbaron acaso los romanos la *Olympiada* del divino Pergolese?...

»Parto con el correo, y espero llegar á Nápoles ántes que la presente; y una de dos, ó yo, ó esta carta, te harán conocer la triste suerte de *Norma* silbada. No te aflijas demasiado por ello, mi buen Florimo. Soy jóven, y siento en el alma fuerza bastante para tomar una revancha de esta terrible caída.

»Lee la presente á todos nuestros amigos. Deseo decir la verdad en la buena y en la mala fortuna.

»Adios: hasta nuestra próxima vista. Recibe entre tanto un abrazo de tu afectísimo,

BELLINI.»

Bien se ve que el dolor de Bellini era profundo, y que, como decía Pacini, derramó amargas lágrimas por la suerte de su infortunada *Norma*, de esa *Norma* que amaba hasta el punto de que, preguntándole una amiga cuál de sus obras le gustaba más, despues de titubear en responder, y apremiado con nueva pregunta en esta forma:—Suponed que, embarcado en un buque y amenazado en plena mar de naufragio, quieren echar al agua vuestras partituras, ¿cuál salvariais?—exclamó:—¡Ah! mi querida *Norma*.

Por fortuna, *Norma* no naufragó ni aún en metáfora. Al poco tiempo se hizo justicia á esta magnífica obra en algunas de sus partes, y el entusiasmo del público fué mayor que lo había sido su primera indiferencia.

El siguiente hecho da idea del cuidado con que Bellini compuso esta ópera. Todo el mundo conoce la suave y deliciosa *Casta diva*, que la Pasta, segun fama, cantaba con acento tan penetrante. Pues bien, parecido á Boieldieu, que rehizo cinco veces los preciosos *couplets* de Margarita en el segundo acto de *La dama blanca*, ántes de la preciosa melodía que se conoce, escribió Bellini ocho, desgarrándolas sucesivamente porque no le gustaban.

Pero esta cavatina era desgraciada, y la modestia, llevada á la exageración por la Pasta, estuvo á punto de hacer naufragar la novena melodía. Encontrábalas demasiado difícil para sí la admirable artista, y se negaba por completo á cantarla, asegurando que jamás podría conseguirlo. Bellini empleaba toda su influencia con ella, sin triunfar de una repugnancia que parecía insuperable. Por fin, un día le entregó el papel rogándole que lo tuviera una semana, con el compromiso de cantar la cavatina una vez cada mañana. Si al cabo de ese tiempo no cambiaba de parecer, se obligaba por su parte á escribir una nueva cavatina. Sucedió, sin embargo, lo que había previsto: á fuerza de cuidado, la gran artista venció todas las dificultades, y esta ária llegó á ser causa de sus mayores triunfos.

*Norma* es seguramente un progreso real en la *manera* del compositor. La forma en general es más grandiosa, la inspiración más amplia y majestuosa, el recitado más firme, más neto, más acentuado que en las obras precedentes. La ternura se convierte en verdadera pasión, que se expresa con sublimes arranques, los coros son nobles y vigorosos, y hasta la instrumentación, siempre tan pobre y con frecuencia tan miserable en Bellini, toma mayor cuerpo, y en algunos momentos adquiere inusitado relieve, aunque falte la ciencia de la combinación de los timbres. En una palabra, el estilo del compositor se eleva, se ennoblece y adquiere una energía que hasta entonces le era completamente desconocida.

Exceptuando, en efecto, la famosa ária *Casta diva*, que no es, como hay empeño en llamarla, una cavatina, sino una especie de plegaria elegiaca, en casi toda la partitura de *Norma* domina una pasión ardiente, y el dulce y melancólico Bellini conviértese en compositor vigoroso y patético. Sus medios de acción son siempre limitados, su ciencia musical no aumenta y el encadenamiento de sus melodías continúa siendo nulo. Su corto horizonte no se ensancha; pero, gracias á la exactitud de interpretación del pensamiento poético, que le distingue entre to-

dos los compositores, á la verdad de acento que con tanta sinceridad buscaba y que casi infaliblemente conseguía, ha encontrado inspiraciones nobles, grandiosas y dignas bajo todos puntos de vista del asunto que debía interpretar.

Ved el bello duo de Norma y de Polion, el de Norma y Adalgisa, el trio entre estos tres personajes, las imprecaciones de la sacerdotisa, la marcha y el coro de los druidas, en fin, el admirable final que termina la obra, y decid si todo ello no tiene el sello del genio, de un genio ignorante, es verdad, lleno de espontaneidad, en el cual la ciencia no puede venir en auxilio de la imaginación; pero verdadero, y hasta cierto punto dueño de sí mismo.

Lo que me admira en *Norma*, por ser raro en Bellini, es el color particular, el inusitado relieve que ha dado á los dos papeles de mujer, tan distintos y tan poderosamente trazados. Dígase lo que se quiera, y cualesquiera que sean las censuras que se dirijan á *Norma*, será siempre una de las más bellas y puras expresiones del genio humano.

#### X.

El triunfo alcanzado con *Norma* reavivó en el corazón de Bellini el recuerdo de su querido maestro Zingarelli, á quien siempre amaba, y que suponía tan deseoso de verle como él lo estaba de abrazarle. Además quería conversar de sus últimos triunfos con su excelente familia, á quien no había visto en seis años, y hacerle partícipe de su alegría. Tomó, pues, la resolución de ir primero á Nápoles y después á Catania, pasando por Florencia y Roma, y con este objeto salió de Milán en los primeros días de 1832.

Llegó á Nápoles el 11 de Enero, y su primer cuidado al ver esta ciudad, donde había pasado algunos de los mejores años de su juventud, fué tomar un carruaje y hacerse conducir al Conservatorio para ver á Zingarelli. Abrazáronse ambos con verdadero entusiasmo, y la noticia de la llegada de Bellini corrió por el Conservatorio con la rapidez del rayo. No hay para qué decir que todos los discípulos se agruparon á su alrededor. Algunos que le habían conocido celebraban poder estrecharle la mano, y los demás, que conocían de oídas la amabilidad y dulzura de su excelente carácter, se conceptuaban felices pudiendo dirigirle algunas palabras. Grande fué la alegría de todos cuando Bellini, conmovido por aquella acogida, declaró que pasaría en el Conservatorio las dos semanas que iba á permanecer en Nápoles.

La noche anterior á su llegada se había dado en el teatro de San Carlos *I Capuleti ed i Montecchi*; pero á causa de una cuestión entre la Ronzi y la Boccabadati, que desempeñaban los dos papeles más importantes de la obra, hubo que cambiar el

anuncio, reemplazando á la ópera de Bellini la *Elisabetta* de Rossini. Los napolitanos, al saber que Bellini estaba entre ellos, reclamaban á gritos *I Capuleti*, y Bellini tuvo que mediar entre las dos artistas y reconciliarlas para que se cantara su ópera. Cuéntase que la noche de esta representación fué á visitar á una de sus amigas en su palco, y encontrándola con los ojos bañados en lágrimas preguntóle la causa. La dama le contestó que la buscara en los acentos que había prestado á sus personajes.

Durante su permanencia en Nápoles fué nombrado miembro de la Academia Borbónica, y se vió obligado á rechazar las proposiciones de Barbaja, que le pedía tres obras nuevas para el teatro de San Carlos, ofreciéndole por ellas la suma, exorbitante en aquella época, de 9.000 ducados. Despidióse de sus amigos y del anciano Zingarelli, á quien, en prueba de reconocimiento, dedicó su ópera *Norma*, y partió para Catania en compañía de Francisco Florimo, archivero hoy de ese mismo Conservatorio, donde ambos estudiaron y se hicieron amigos.

Fué su viaje un triunfo continuado, y Palermo y Messina, entre otras ciudades, le recibieron con verdaderas pruebas de una alegría indescriptible. Pero en Catania fueron mayores estas pruebas que en ningun otro punto. El intendente de la ciudad, D. José Alvaro Paterno, príncipe de Sperlinga Manganeli, salió á su encuentro hasta fuera de la ciudad, y rogándole que subiera á su carruaje, tirado por cuatro caballos magníficos, le condujo á la casa de sus padres en medio de los aplausos de sus conciudadanos, que, formados en dos filas á su paso, no cesaban de aclamarle con entusiasmo. Multitud de curiosos llenaban las inmediaciones de la casa, y cuando el padre y la madre de Bellini se presentaron, el jóven compositor se arrojó en sus brazos.

Difícil es formar idea del profundo y extraordinario cariño que los catanienses profesaban á su jóven y glorioso conciudadano. Expresábanlo de mil modos distintos, que prueban el ardor del temperamento italiano, tan accesible al entusiasmo, llevado hasta la idolatría. Cuando salía Bellini á la calle, veíase inmediatamente rodeado por gentes á quienes no conocía, pero que le daban testimonio de un respeto casi fanático, de una especie de veneración; esto le molestaba á veces, pero siempre era prueba del cariño que le tenían. Cuando entraba á refrescar en algun café, el dueño no le cobraba, satisfaciéndole, segun decía, servir en algo á Bellini. Cierta dia entraron en su casa algunos monjes de un convento próximo, diciendo que la vida solitaria no les impedía interesarse por lo que era gloria de la patria comun, y rogando á Bellini que fuera á honrar el monasterio con su presencia. Fué, en efecto, siendo recibido con toda clase de atenciones y miramientos, y regalado, segun se cuenta, con un

delicioso pastel que hacían exclusivamente en aquel convento. Ignoro si se manifestó muy agradecido á este honor alimenticio.

En otra ocasión, estando cantándose en el teatro algunas piezas de *Il Pirata*, entró en el palco del intendente y pareció que el teatro estallaba al ruido de los aplausos y de los vivas, que no hubieran cesado á no bajar á la escena, donde se presentó varias veces con su padre, ébrio de alegría. Todo esto, mirado á larga distancia, parece algo pueril, pero es muy característico y sobre todo muy real. Además, y para juzgar tales hechos en su justo valor, es preciso comprender los hábitos y costumbres de Italia y conocer la facultad expansiva de sus habitantes. Dada la naturaleza tierna y amante de Bellini, figúrese el lector la dicha que le procurarían estos testimonios de simpatía tan desinteresados y tan universales.

Molestábale, sin embargo, una idea fija que le hacía insoportable la proximidad de su viaje á Venecia, donde tenía compromiso de dar una nueva ópera. Entreveía confusamente el porvenir, y aunque no tuviera el presentimiento de su próximo y prematuro fin, parecía íntimamente convencido de que no volvería á Catania y de que veía por última vez su patria y su familia. Nada podía distraerle de este pensamiento incesante: ni los honores que le tributaban, ni las fiestas á que servía de pretexto, ni las pruebas de afecto que le daban su familia, sus amigos y hasta los indiferentes.

Molestábale tanto esta preocupacion, que la víspera de su partida, contemplando el Etna, que arrojaba llamaradas más abundantes y luminosas que de costumbre, exclamó: «Tú tambien, Etna, quieres darme el último adios.»

En tal disposición de ánimo escribió su adorable melodía sobre la *Malinconia* de Pindemonte, y entonces fué cuando concibió la idea de poner en música el *Orestes* de Alfieri, tal y como la había escrito el gran poeta, proyecto que nunca ejecutó. ¿Podía Bellini realizarlo y debe sentirse que no lo haya hecho? Lo ignoro; pero creo que su genio tierno, elegiaco y melancólico, se hubiera acomodado mal á los furores de *Orestes*.

A los treinta y nueve dias de haber llegado á Catania, partió para Nápoles, donde permaneció pocos instantes; pasó por Roma, donde se cantaba *La Straniera*, por Florencia, donde se cantaba *La Sonnambula*, y llegó á Milan, donde debía permanecer algun tiempo. En esta ciudad conoció á Mercadante, con quien trabó tan estrecha amistad, que diariamente le visitaba. En Bergamo asistió como triunfador á una representación de *Norma*, y llegó á Venecia en Agosto de 1832.

La ópera que debía dar en esta ciudad era *Beatrice di Tenda*, y durante su estudio tuvo Bellini

varios disgustos. En primer lugar, estando cantándose entónces en la Fenice *El Tancredi* de Rossini, corrió el malévoló rumor de que Bellini criticaba esta ópera durante los ensayos de la suya, lo cual era tan falso, cuanto que Rossini no há tenido admirador más sincero y entusiasta que Bellini. Estos rumores, sin embargo, le granjearon la animosidad de los venecianos. También contrarió mucho á Bellini la negligencia de sus colaborador Romani, quien, por entónces, se ocupaba más de sus amores que de los versos que debía hacer al compositor. Este suceso produjo una ruptura en sus afectuosas relaciones durante tantos años.

La primera representacion de la ópera verificóse en la Fenice el 16 de Marzo de 1833; pero, aunque la cantaron la Pasta, Anna del Sere, Cartagenova y Curioni, hizo un *fiasco* casi completo. Los venecianos, segun he dicho, estaban sin justo motivo indispuestos con Bellini, y cuando éste se presentó en la orquesta para sentarse delante del piano, manifestaron su mal humor, no disipado por la bella introduccion de la ópera y la salida á la escena de la Pasta. Expresado el descontento por signos inequívocos, la grande artista, que ignoraba el motivo y creyó era un injusto capricho del público respecto á ella, se encolerizó mucho. Con rara serenidad, aprovechó la ocasion de manifestar su disgusto en la escena entre el duque y Beatrice, cuando, desesperada, exclama con orgullo:—«*Si amar non puoi, rispetami*» en vez de dirigirse á su marido, se volvió vivamente al público y le lanzó este vehemente apóstrofe. Inmensa salva de aplausos acogió este atrevimiento, y la obra terminó sin escándalo, pero nunca tuvo grande éxito. Bellini había hecho cosas mejores, y una bella introduccion, un final notable y un admirable quinteto, no bastaban á salvar una partitura cuyas debilidades eran numerosas.

ARTURO POUJIN.

(Continuará.)

## UN COMBATE DE HORMIGAS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

Difícilmente se encontraría en ciertas regiones de los Estados-Unidos un tallo de yerba, una ramilla de planta ó algunos metros cuadrados de terreno sin ver alguna hormiguita negra de las llamadas *erráticas* ó *locas*. Cuando se aplasta alguna hormiga de estas, exhala fuerte olor de ácido fórmico. Rápida en sus movimientos, no traza senderos como las de otras muchas especies; marcha por vías dispersas, pero siguiendo, sin embargo, la misma direccion durante muchos centenares de metros, siempre en movimiento, cruzando y volviendo á cruzar el camino y recorriendo tres ó cuatro

veces la distancia que la separa del punto á que quiere llegar.

Estas hormigas tienen depósitos á distancias iguales á lo largo del camino que recorren, visitándolos frecuentemente al pasar por las cercanías, pareciendo que consideran este deber como asunto grave. Sin embargo, pudiera suceder que lo que llamo almacén ó depósito resulte, despues de más detenido exámen, una linea de ciudades confederadas, entre las que se verifique activo y extenso comercio. En mi opinion, es imposible desconocer que en toda la linea ocupada por estas ciudades están establecidas relaciones de la manera más formal y completa.

Estropead una de estas hormigas en el camino que recorre y producireis violenta turbacion; visitarán y examinarán á la herida, y en ménos de cinco minutos se habrán acercado á ella más de quinientas compañeras de camino. Si ven que puede curar, le ayudarán hasta que se ponga en pié y pueda marchar con las demas cual si nada la hubiese sucedido; si muere, las otras la llevarán fuera del paso de la multitud... y los negocios continuarán su curso.

Lo verdaderamente curioso es que estas hormigas declaran algunas veces la guerra á las de los árboles, las de cabeza roja. Muchas veces el conflicto da ocasion á un desastre inmenso. Aunque las hormiguitas negras suelen llevar al campo de batalla un número diez veces mayor que el de sus enemigas las de cabeza roja, frecuentemente son derrotadas. La batalla que presencié entre estas dos especies duró de cuatro á cinco horas.

Algunas compañías se batian ya con encarnizamiento, cuando, al salir el sol, empecé á observarlas. Batíanse en medio de un camino, y el número aumentaba rápidamente. La vulgar necesidad de almorzar me obligó á abandonar el observatorio; pero á mi regreso los dos ejércitos habian aumentado considerablemente, acudiendo incesantes refuerzos, y la batalla se extendia en una superficie de tres ó cuatro metros.

La disciplina y manera de combatir era completamente distinta en cada especie. Las negras atacaban á sus enemigas mordiéndoles las patas, y como eran mucho más numerosas que las de cabeza roja, cargaban dos ó tres contra una, consiguiendo estropearla, y así ponian considerable número fuera de combate. Las de cabeza roja, por el contrario, solamente trataban de decapitar á sus contrarias, consiguiéndolo con indecible destreza. La escena era terrible, y la muerte cosechaba ámpliamente en los dos bandos.

Muy pronto mandaron órdenes las hormiguitas negras para que acudiesen todas las reservas, y de las puertas de una de sus ciudades, situada á sesen-

ta pasos de distancia, empezaron á salir millares de individuos. Véase que acudian á marchas forzadas, y era tal su número, que parecían una cinta negra extendida en el suelo y sin fin, porque continuaban saliendo de su ciudad por millares innumerables.

Desgraciadamente, en aquel instante su ejército comenzó á ceder en el campo de batalla, y empezó una derrota desastrosa en medio de un pánico general. En su desordenada fuga, las fugitivas encontraron las primeras filas de los refuerzos, comunicándolas su completo desastre. Entonces se generalizó el pánico, huyendo precipitadamente los refuerzos á refugiarse en la ciudad. En cinco minutos no quedó una hormiga negra viva sobre el campo de batalla. Parecióme que la noticia de aquella gran batalla y de sus desastrosos resultados había sido comunicada en derredor por las que no habían asistido al combate, siguiendo en sus diarias ocupaciones. Fuese así ó no, el hecho evidente es que desaparecieron todas las hormigas negras del terreno del combate y de las inmediaciones.

Poco despues acudieron á la ensangrentada llanura numerosos inspectores, dedicándose á rudo trabajo durante algunas horas. La mayor parte asistían á las numerosas heridas, llevándolas á la sombra de una elevada mota de tierra levantada por la rueda de algun carro pesadamente cargado, con objeto de resguardarlas de los abrasadores rayos del sol, porque eran las once del dia. Otra parte considerable de inspectores se ocupaba en recoger los troncos decapitados de las hormigas negras y llevarlos á un poste de encina, en el que tenían una ciudad, y que distaba poco del sitio del combate. Supongo que se proponían celebrar un festin con aquellas víctimas sin cabeza, inmoladas en honor del dios de la guerra.

Observábase grandísima actividad en las que asistían á las heridas, viéndose que hacían todo lo posible en obsequio de ellas y que las manifestaban mucha simpatía: en poco más de una hora reconocieron que gran parte de las heridas eran útiles aún para el trabajo, y las que parecían heridas de muerte las llevaban al poste con los cadáveres.

Aunque considerable número de las de cabeza roja estaban estropeadas y algunas de suma gravedad, muy pocas habían quedado muertas. También las llevaron al poste con los decapitados troncos de sus enemigas. Cuando las victoriosas se retiraron del campo de batalla, solamente quedaron para indicar el sitio del combate las cabezas separadas de sus enemigas, siendo tan numerosas, que parecía habían derramado en aquel terreno semilla de adormideras.

DR. LINCEUM.  
(De los Estados Unidos.)

## UNA VISITA AL SULTAN DE ZANZIBAR.

Pocos meses hace que Said-Mejid-Barcath, sultan de Zanzibar, ha visitado á Londres y Paris, excitando la curiosidad de ambas capitales el soberano, y la atención de Europa sus dominios. Vamos á satisfacer una y otra, describiendo una visita al reino y al monarca.

La rada de Zanzibar, de tortuosa y difícil entrada, tiene en su fondo la ciudad en forma de media luna, cuyo centro ocupan casas todas encaladas y con terrados, y en sus extremos chozas pajizas, unas y otras bordadas de palmas, y el conjunto rodeado de bosques inmensos. Opuesta á la ciudad se dibuja la línea de la africana orilla.

Al dia siguiente de nuestra llegada desembarcamos, siendo saludados al poner pié en tierra con quince cañonazos disparados desde la ciudadela, enorme torre redonda y aspillerada. Aguardábanos el sultan á la puerta de su palacio, edificio cuadrado de tres pisos y extensión vastísima, rodeado de los príncipes, sus parientes, ricamente vestidos, y él mismo nos introdujo en el vestibulo de mármol, donde formaba la guardia compuesta de una treintena de árabes armados de yataganes y arcabuces, y luégo en el salon de embajadores, sentándonos todos.

Said-Medjid tenía en 1864, época de nuestra visita, unos treinta años; su fisonomía era agradable y bondadosa, y sus vestidos, de sencillez elegante, solamente se distinguían de los de su comitiva por un cinturón de seda y oro, del cual salía el mango, cubierto de pedrería, de un magnífico puñal corvo. Al cabo de un cuarto de hora de conversacion, negros eunucos nos sirvieron, en tazas pequeñas, esmaltadas y pintadas, un delicioso café, accesorio indispensable en toda visita árabe, y señal de despedida; tomado el cual, nos despidió el sultan dándonos la mano, y volvimos á nuestros barcos, pasando por medio de dos filas de soldados vestidos con uniformes ingleses de la época de Jorge III, los cuales nos presentaban sus armas, mientras los tantanes batían marcha, y la multitud, tan poco vestida como de sobra, para su clima, lo estaban los soldados, nos ensordecía con sus gritos de *yu, yu*.

Said-Medjid es el hijo segundo del Iman de Mascate, Said-Said, soberano de Mascate y Zanzibar, quien dejó el Imanato á su hijo mayor Said-Soneni, y al segundo, Zanzibar, isla de 70 kilómetros de larga por 20 en su mayor anchura, con la obligación de pagar á su hermano 40.000 piastras anuales, jamás entregadas.

La capital está construida en una península unida por el Sur al resto de la isla por medio de un istmo de 500 metros de ancho, cuando más, y cuenta

unas 40.000 almas, de ellas 10.000 árabes y los demás negros, casi todos esclavos, excepto los comerciantes, que son indios banianos, la raza comerciante del Indostan, acaparadores de casi todo el comercio de la costa oriental de África, y unos 30 europeos, alemanes, ingleses y franceses.

Además de la isla, el sultan posee la costa vecina de Zanguebar, y pretende poseer el interior del país, con cuyos belicosos habitantes está constantemente en guerra.

Tal es, en pocas palabras, el imperio de Zanzíbar, punto de partida de cuantas grandes expediciones han querido descubrir las fuentes del Nilo, país importante y rico, regado, en tierra firme, por el Zambeze, uno de los grandes ríos del África central.

H. CAPITAINE,  
Médico de la armada francesa.

UN DIÁLOGO  
JUNTO Á LA TUMBA DEL POETA  
DON GABRIEL GARCÍA TASSARA.

LA DUDA.

¡Término breve de la gloria humana!  
La muerte es la verdad, la vida es sueño;  
Nacer para morir, vivir pensando;  
El mal es Dios, su omnipotencia veo.

LA FE.

No de la duda negacion impía  
Al mundo salvará de sus tormentos;  
En Dios creed, que el ideal divino  
Es de toda ventura fundamento.

LA DUDA.

¡El ideal! Su luz esplendorosa  
Deslumbra con sus vividos destellos,  
Si es ideal lo que jamás se alcanza,  
Símbolo es de la vida Prometeo.

LA FE.

Si el Titan fabuloso simboliza  
Del sér humano el inmortal empeño,  
Rotas ya del error duras cadenas,  
El alma llega á Dios en rauda vuelo.

EL POETA.

Inquebrantable ley de eterna lucha  
Que vanamente descifrar pretendo,  
Aquí, junto á la tumba del poeta,  
De mi duda y mi fe miro el ejemplo.

Acaso el canto de Tassara un día  
Fué de la duda dolorido eco;  
Pero jamás del polvo del pasado  
Ídolos fabricó su pensamiento.

De libertad la inspiracion sublime  
Poderosa vibraba en sus acentos,  
Y al traves de las nieblas del presente,  
Creyó del porvenir en el progreso.

De la duda y la fe rudos embates  
Agitan del poeta el sentimiento;  
Mas si el dolor le arranca ardiente lágrima,  
En perla es trasformada por el genio.

¡Misterioso calvario de la vida  
Que el arte cambia en divinal ensueño!  
Si el dolor salva, si el dolor redime,  
El bien es Dios, su providencia veo.

LUIS VIDART.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Congreso americanista de Nancy.

21 JULIO 1875.

Rozny: El idioma sagrado del Yucatan.—M. J. Vinson: Las analogías entre los diferentes dialectos del idioma vasco y algunas lenguas del Nuevo Mundo, especialmente la iroquesa y la algonquina.

La tercera sesion se consagra á la lingüística y la preside el doctor Frederic de Hellwald, director de la célebre revista geográfica *Das Ausland*.

—Se lee una Memoria escrita en castellano por el Sr. Pacheco Segarra, de Cuzco (Perú), sobre una de las lenguas peruanas, el *quichua*.

—M. Leon Rozny expone y critica los sistemas de descifrar que se han usado para las inscripciones en lengua maya, el idioma sagrado de Yucatan. Esta tarea presenta dificultades mucho mayores que la de descifrar los geroglíficos egipcios. En Egipto una infinidad de textos, conservados en monumentos ó en papiros, ofrecen abundantes materiales para la reconstitucion de la lengua y del sistema gráfico; respecto al maya, por el contrario, no se tienen actualmente más que tres manuscritos: el de la Biblioteca Real de Dresde, el de la Biblioteca Nacional de Paris, y el manuscrito Troaux, que data del año 1400 y que ha pertenecido á Brasseur de Burburgo. Además la historia del Yucatan es perfectamente desconocida.

—M. Adam presenta un trabajo de M. Julian Vinson, de Bayona, sobre las supuestas analogías entre el vasco, cuyos numerosos dialectos conoce, y algunas lenguas del Nuevo Mundo, especialmente la iroquesa y la algonquina, señaladas por algunos



sabios como las más semejantes al vasco. M. Vinson hace un estudio muy minucioso de estas dos familias de lenguas bajo el punto de vista de la fonética, de la morfología, de la sintaxis y de la composición del vocabulario. Hace constar con seguridad varias semejanzas, pero éstas sólo llevan consigo caracteres exteriores que no afectan á la constitución íntima de sus idiomas.

22 JULIO 1875.

O. Comettant: La música en América antes de Cristóbal Colon.—La flauta peruana.—Waldemar Schmidt: Las leyendas nacionales de Groenlandia.—La colonización de *Tierra verde* por los islandeses en el siglo X.—Lecturas.—Exposición de antigüedades americanas.

La sesión de arqueología empezó por la lectura de una Memoria de M. Oscar Comettant sobre *La música en América antes de Cristóbal Colon*. M. Comettant hace una descripción de la flauta peruana, *la triste, la tímida, la fatídica quena*, que, después de haber resonado en medio de las magnificencias de las fiestas presididas por los Incas, sirvió para consolar al peruano en el oprobio y en la servidumbre.

Para dar una idea de las melodías peruanas, el orador introduce en la sala tres músicos de la garnición provistos de saxofones, y les hace ejecutar primero tres aires puramente indígenas, recogidos por Ribeiro, y después dos motivos armonizados por M. Ambrosio Thomas. Esta música tiene á la vez un carácter majestuoso como nuestros cantos religiosos antiguos, y melancólico como una canción bretona.

M. Comettant deduce que entre las melodías peruanas y la música china hay un abismo, y que si se necesitara buscar alguna analogía en el antiguo continente, sólo podría hallarse en los cantos litúrgicos del antiguo Egipto.

—M. Waldemar Schmidt, profesor de la Universidad de Copenhague, comunica al Congreso manuscritos groenlandeses con croquis hechos por los indígenas y recogidos por M. Rinck, antiguo inspector en Groenlandia. Estos croquis iluminados reproducen escenas de la vida doméstica de esos indígenas y episodios de sus leyendas nacionales. Se ven gigantes vestidos con pieles de animales, grandes monos luchando con hombres, marinos que atraviesan los aires en piraguas volantes, y todas esas aventuras fantásticas cuyo relato encanta á los esquimales durante las largas noches de las regiones boreales, cuando encerrados en sus ahumadas chozas y envueltos en la nieve esperan el regreso de la buena estación.

El orador habla en seguida de la colonización de la *Tierra verde* por los islandeses del siglo X; y en apoyo de las tradiciones y de los documentos históricos presenta diferentes objetos sacados de las

antiguas tumbas escandinavas del Groenland: una piedra negra, sobre la cual se ve una inscripción rúnica de 1837, piedra encontrada en el 72º de latitud Norte; una cruz, y un tejido de lana, cuya perfección atestigua un origen europeo.

—Leyéronse varias Memorias, y entre ellas una de M. Reboux sobre *La edad de piedra en América*; otra del doctor Chil y Naranjo sobre *Las piedras pulimentadas de las islas Canarias*; otra de M. Francisco Allende, de Lóndres, sobre los *Orígenes y los monumentos de los indios*, y otras varias. Basta este pequeño análisis para dar idea de la importancia del Congreso, cuyo interés no ha consistido únicamente en las Memorias y en las discusiones, sino también en la gran exposición de antigüedades americanas que le completaba.

---

El Museo Nacional de Washington ha recibido últimamente una gran colección de objetos de piedra de Puerto-Rico. Fueron estos recogidos durante un período de muchos años por George Latimer, ciudadano americano residente en dicha isla, quien no ha perdonado medios ni gastos para conseguir todo lo que pudiera obtenerse de las antiguas sepulturas de Puerto-Rico. Entre los objetos recolectados se encuentran unos cincuenta anillos de piedra de la forma y tamaño de una collera de caballo, adornados y tallados de diversos modos. Hay también muchas estatuillas, cabezas talladas, piedras triangulares con figuras de animales grabadas en cada extremidad, alguna alfarería y numerosas hachas y otros efectos, algunos muy hermosos y bien pulimentados. La colección llena 26 cajas y barriles, y fué legada por su poseedor al Museo Nacional de Washington. Mr. Latimer murió en Noviembre último.

\*\*\*

Uno de los resultados más importantes de la exploración geológica de Nuevo-Méjico, verificada en 1874, es el descubrimiento de un depósito local perteneciente al período eoceno, que ocupa una extensión de unas 3.000 millas cuadradas en la parte setentrional y occidental del territorio. El profesor Cope descubrió los restos de unas cien especies de vertebrados, la mayor parte mamíferos, y muchos de ellos de un carácter notable. También se hallaron carnívoros de tipos muy antiguos, animales de casco relacionados con el tapir, y ocho especies de un orden casi desconocido, el *Ioxodontia*, que tiene puntos de contacto con los roedores y elefantes.